

LA REVISTA BLANCA

SOCIOLOGÍA, CIENCIA Y ARTE

AÑO IV.—NÚM. 65.

ADMINISTRACION:
CRISTÓBAL BORDÍU, 1.—MADRID

1.º de Marzo de 1901

SUMARIO

SOCIOLOGÍA: *La evolución de la filosofía en España*, por Federico Urales.—*Campos, fábricas y talleres*, por Pedro Kropotkin.—*Movimiento filosófico*, por U. González Serrano.
CIENCIA Y ARTE: *Fisiología*, por el Doctor Fernando Lagrange.—*Crónica científica*, por Tarrida del Mármol.—*Los malos pastores*, por Octavio Mirbeau.—*París*, por Emilio Zola.
SECCIÓN GENERAL: *Pedro Lavroff*, por M. G.

SOCIOLOGÍA

LA EVOLUCIÓN DE LA FILOSOFÍA EN ESPAÑA

(CONTINUACIÓN DEL CAPÍTULO CUARTO)

Por sus ideas contrarias á la divinidad de Jesús y á las penas eternas del infierno se vió Orígenes perseguido de los cristianos. Los paganos, considerándolo cristiano, le sometieron al tormento. Orígenes fué el precursor de Arrio. Éste negaba la virginidad de María y la divinidad de su hijo, de quien decía que había sido un hombre perfecto, pero no Dios.

El dualismo filosófico y religioso que representaba esta tendencia, y la ortodoxia, encarnada en el obispo Demetrio y sus sucesores Heraclio y Dionisio, tenía su origen en el del cristianismo. La tradición cristiana nos habla de una rivalidad entre San Pedro, fundador de la Iglesia cristiana romana, y San Marcos, que fundó la Iglesia cristiana alejandrina, amén de la lucha que ambas Iglesias sostenían con el cristianismo platónico. De San Marcos se dice que procedía de la secta judía llamada de los esenios, porque se habían separado de los dogmas de Moisés. De San Pedro se supone que era fariseo, otra secta judía partidaria de las costumbres austeras. Como se ve, la lucha de secta existía ya en la Judea. El cisma no es una propiedad de los herejes del cristianismo, sino que es un estado perpetuo que sigue á toda doctrina. Es fácil que el mismo cristianismo *fuese en Judea* una secta desprendida del tronco de Moisés, pues además de los esenios y de los fariseos, existían otras sectas anteriores al cristianismo, una de las cuales, la de los saduceos, negaba la inmortalidad del alma, la resurrección de los cuerpos, la recompensa futura, los ángeles y los demonios. La existencia de esta secta supone que entre los judíos, antes del cristianismo, había quien afirmaba la resurrección de la carne, la vida perdurable, la inmortalidad del alma y la existencia de ángeles y demonios.

Por todas partes se hallan pruebas de la humanidad del cristianismo y se demuestra que los cismas de Orígenes y de Arrio no eran más que la continuación de un estado intelectual que protesta, desde la consumación de los siglos, de toda doc-

trina consagrada. En la época que relatamos, muchos pensadores dudaban de la divinidad de Jesús y de la virginidad de su madre, y lo prueba el gran prestigio que en Oriente alcanzó Orígenes, mientras se le condenaba y perseguía en Occidente.

Estas luchas de secta ó de cisma eran el estado natural de aquellas religiones que, cual la judía ó la cristiana, se encierran en el dogma, eterno rival del pensamiento humano. Según la tradición ó la Historia, que esto poco importa, porque la tradición es más histórica que la misma Historia, puesto que ésta se refiere sólo al sujeto, al hecho individual, y aquélla al estado de ánimo colectivo, al espíritu de un pueblo que elabora leyendas conforme sus cualidades intrínsecas, San Pedro, en su segunda epístola dedicada á los judíos conversos, les recomendaba que no se dejaran engañar por los falsos apóstoles. Se refería, sin duda alguna, á las mil sectas cristianas que entonces existían, como, por ejemplo, el simonismo que fundó Simón el Mago, al cual no pocos tuvieron, y singularmente los samaritanos, por el anunciado Mesías, secta, cisma, ó lo que fuera, que consistía en admitir un Ser Supremo, al mismo tiempo que la eternidad de la materia.

Los falsos y los verdaderos apóstoles anduvieron mezclados y confundidos tres ó cuatro siglos, sin que la gente supiera á qué carta quedarse. Y encima de estos cismas de orden intelectual, crecieron los de orden moral, como el donatismo, que negaba la comunión á los que en los períodos de persecuciones habían entregado á las autoridades paganas las obras de propaganda cristiana.

Fué el cristianismo un parto en extremo laborioso. Los filósofos ó santos entraban y salían de sus máximas con facilidad pasmosa, y no fueron pocas las generaciones de pensadores que se dedicaron á la tarea de constituir una religión única y definida, que nunca acababa de estar limpia de impureza gentilica ó hereje, llevándose la doctrina de su lado unas veces los filósofos alejandrinos, otras los romanos, no pocas los de origen judío; dándose el caso de ser ortodoxo el partido, bando ó secta que antes había sido heterodoxo, como las monarquías son legítimas ó ilegítimas, según la fuerza con que creentan. El caso de Tertuliano, que se convirtió al cristianismo por la serenidad y valor de los cristianos, y que cuando se hubo capacitado bien de la doctrina se declaró montanista, creyendo ver, y viendo realmente, cierta relación y analogía entre la vieja doctrina de Judea y la nueva doctrina cristiana, es un caso muy repetido en la germinación y en el desarrollo del cristianismo; los pensadores que de tal modo obraban, se veían perseguidos de las autoridades paganas cuando se declaraban cristianos, y de cristianos y paganos cuando hacían declaraciones que, aunque cristianas, no estaban conformes con las ideas de los magnates más fuertes materialmente.

En este tejer y destejer, y en estas controversias y persecuciones, pasaron cuatro siglos los filósofos de los primeros tiempos del cristianismo, y aunque San Agustín con sus grandes recursos intelectuales y sus más grandes fuerzas materiales, pues entonces ya se habían declarado cristianos algunos jefes de Estado, y singularmente los godos, que fueron como un abono intelectual para la religión de Jesús, logiase vencer al arrianismo y al pelagianismo, no por esto cesaron las luchas, los cismas y las sectas. La vida de este mismo filósofo, que es uno de los pensadores á quien más debe el cristianismo, nos enseña lo perturbadas que andaban entonces las inteligencias y lo que debe á Platón el cristianismo.

Maestro de Retórica en Cartago, sustentaba el maniqueísmo, una especie de secta residuo de las antiguas doctrinas orientales, que elevaba á principios universales la

existencia de dos espíritus, el del bien y el del mal, y á los cuales lo debían todo los mortales. La índole de esta doctrina admitía el ocultismo, del que fueron tan amantes los hombres de ayer, y más que otros los egipcios y los persas, cuyos faraones y magos lo cultivaron con gran provecho de su parte, y cuyos últimos destellos, pasando por las numerosas sectas de los siglos XII y XIII, podemos decir son los espiritistas, en quienes tiende á desaparecer á medida que sus partidarios más uso hacen de la ciencia, y que el estudio de los diferentes estados de la materia explican mejor los fenómenos puramente materiales que antes la ciencia no explicaba. Dejó San Agustín la cátedra de Cartago y se fué á Roma. En la capital de Italia leyó á Platón, quien lo preparó para el cristianismo. Más tarde, en Milán, leyó las epístolas de San Pablo y oyó un discurso del propagandista San Ambrosio. Estos tres elementos constituyeron el pan intelectual de San Agustín, que llegó á ser uno de los principales apóstoles del cristianismo, sin lograr, no obstante, emanciparse de lo que en él había de maniqueo, como se verá al explicar someramente la síntesis de su doctrina.

La misión de los llamados Santos Padres fué, como queda dicho, armonizar la filosofía neoplatónica con el cristianismo, logrando su intento en el siglo V, y de cuya unión surge la escolástica, el pensamiento por y para Dios como doctrina cerrada, dogmática, universal é imperante.

No hay sabiduría sin religión; la ciencia sólo es de Dios—decía Lactancio en el siglo III—. Y San Agustín exclamaba: «El hombre será lo que ha de ser necesariamente. El bien y el mal son dos espíritus que tienen predestinado nuestro fin. Hay una realidad. El escepticismo no puede existir, puesto que tenemos conciencia de la conciencia, y aunque fuésemos escépticos, no podríamos serlo en cuanto seríamos defensores de nuestro escepticismo. El mundo, siendo infinito, está compuesto de seres que mueren. Luego superior á esta finalidad humana, ha de haber una causa finita: Dios. Dios es la unidad de todas las ideas absolutas que el hombre concibe, pero que no ve en él; las ve fuera de sí, en el tiempo y en el espacio, en Dios, puesto que estas eternidades son obras divinas. El mundo, compuesto de seres finitos, no puede existir por sí mismo; sólo lo infinito es capaz de producir lo infinito y lo que tiene fin; el hombre fué producido de la nada con arreglo al tipo divino. Dios no conoce al mundo porque es, sino que el mundo es porque Dios lo conoce. El hombre sólo aprecia la apariencia de las cosas, porque no tiene facultad para apreciarlas en su esencia. Los grados de ideas se manifiestan en las especies de seres: los cuerpos, los animales, los hombres y los ángeles; el mundo es un conjunto armónico. La armonía exige lo bello y lo feo, lo bueno y lo malo; pero lo malo y lo feo no son absolutos, son una privación de bondad y de belleza; de otra suerte Dios sería autor del mal, y Dios sólo puede producir la suma bondad y la belleza suma. El hombre tiene la libertad de elegir entre el bien y el mal; sin embargo, su libertad no será completa hasta la otra vida, porque entonces conocerá el bien absoluto.»

Además del neoplatonismo exagerado en sentido metafísico, hay en estas ideas el fondo psicólogo, y en cierto sentido práctico, de la filosofía árabe y judaica, sin que deje de notarse la huella del faraón africano y del mago asiático, que explican los fenómenos de la vida y del universo por arte de los genios ocultos. Se presenta en San Agustín un pensamiento relativamente complejo compuesto de mucha lectura filosófica religiosa y de tres ó cuatro ambientes intelectuales. En los tiempos que narramos las doctrinas no eran, como hoy, universales; materialmente eran locales. Se hablaba de una filosofía cartaginesa, de una filosofía alejandrina, de una filosofía

romana, de un cristianismo neoplatónico, de un cristianismo judío, de un cristianismo romano, y hasta se decía filosofía de Oriente y filosofía de Occidente. El pensador educado en Cartago, por ejemplo, había de tener en su intelecto la huella de la teoría filosófica ó religiosa que imperaba en la ciudad africana. Era tanta la influencia del ambiente intelectual, porque las ciudades estaban cerradas, ó poco menos, á las teorías extranjeras. Así se comprende la marca poderosa que cien generaciones filosóficas, encerradas en el recinto de una ciudad casi infranqueable al enemigo ideal y material, habían de infligir en los cerebros. Porque así como en nuestros días es la civilización, el ferrocarril, la prensa, el telégrafo, la facilidad de comunicación los que universalizan un descubrimiento ó una teoría, entonces sólo las persecuciones y las guerras esparcían las doctrinas, y aun lo hacían á paso de tortuga. De suerte que no es de extrañar que antes las ideas tuvieran tanto dominio en los hombres; que fuera tan difícil emanciparse de ellas, y que pensadores como San Agustín, de asimilación fácil y de concepción rápida, sostuvieran cuerpos de doctrina en cuya formación entraban tantos elementos cuantos fueron los pueblos que el autor había visitado, las ciudades que había habitado, los libros que había leído y los discursos que había escuchado. ¿Quién duda que á nuestra obra intelectual ó que á nuestras ideas contribuyen hoy pensadores de todo el mundo? ¿Ni quién negará que cuantos más componentes entran en la formación de una inteligencia, menos arraigo tienen en ella las ideas locales, más las universales, y que con más facilidad se borran de nuestra mente la huella de las lecturas?

Por eso San Agustín fué neoplatónico desde el día que leyó á Platón; cristiano, á partir del momento que leyó á San Pablo y escuchó á San Ambrosio, y maniqueo siempre, aun después de renegar del maniqueísmo, porque había sido criado y educado en un ambiente compuesto de espesa atmósfera maniqueísta; y si más hubieran sido los ambientes filosóficos que hubiesen intervenido en la formación de sus ideas y menos los años de vida cartaginesa, más compleja hubiese sido su doctrina y menos poder hubieran tenido en ella cada uno de sus elementos.

San Agustín tuvo muchos discípulos, y, por consiguiente, los tuvo el cuerpo de su doctrina, que ya sabemos qué elementos la componen. Entre aquéllos se cuenta Osorio, presbítero nacido en Tarragona al final del siglo iv, que propagó en España las ideas de su maestro, y además escribió una pretendida historia del mundo hasta el año 417 de Jesucristo, destinada á contestar á los que atribuían al cristianismo la decadencia y muerte del imperio romano, cuya historia del mundo tenía un sentido universal que antes no habían tenido las de igual género. Además, Osorio fué el primer historiador que tomó al individuo como primera materia de sus narraciones; pues antes la Historia se explicaba por la intervención que en los hechos tenían los organismos y las colectividades.

Inútil es sintetizar las doctrinas filosóficas del discípulo conociendo las del maestro. La religión cristiana, como escuela intelectual y moral, entraba en España con partes heréticas de dos herejías: la neoplatónica y la maniqueísta ú ocultista, si bien la primera tendía á fusionarse con el cristianismo, á pesar de las excomuniones de los apologistas, ó sea de los doctrinarios, puesto que no admitían en la religión cristiana ninguna mezcla gentilica ni ninguna doctrina que no hubiese sido revelada á los profetas judíos ó á los estáticos cristianos.

Así fué apoderándose de la llamada filosofía española, que no era española, una filosofía en cuyos elementos predominaban aquellas ideas paganas que decían: «No es

bueno el pensamiento que no se pone al servicio de Dios», y del todo á su servicio se puso la filosofía española al pasar por la escuela de Sevilla.

Pero antes de continuar, veamos qué elementos intelectuales hay en la Península Ibérica al penetrar en ella nosotros.

FEDERICO URALES.

CAMPOS, FABRICAS Y TALLERES

PRÓLOGO ⁽¹⁾

Bajo el nombre de utilidades, renta, interés sobre el capital, valor sobrante y otros parecidos, los economistas han discutido con vehemencia los beneficios que los dueños de la tierra ó el capital, ó algunas naciones privilegiadas, pueden derivar, ya del bajo precio de los salarios, ya de la inferioridad de la posición de una clase social con relación á otra, ó bien del menor desarrollo económico de una nación respecto á otra. Distribuyéndose estos beneficios en una proporción muy desigual entre los diferentes individuos, clases y naciones ocupadas en la producción, ha costado un trabajo considerable el estudiar el actual modo de repartir las utilidades y sus consecuencias morales y físicas, así como los cambios que en el presente estado de la sociedad puedan determinar la distribución más equitativa de una riqueza que cada vez se está acumulando con más rapidez, siendo la cuestión referente al derecho á ese aumento de riqueza la causa de las encarnizadas batallas que ahora se libran entre los economistas de distintas escuelas.

Entre tanto, la gran cuestión de «¿Qué hemos de producir, y cómo?» queda necesariamente postergada. A medida que la economía política surge gradualmente de su estado semicientífico, tiende más y más á convertirse en una ciencia dedicada al estudio de las necesidades de los hombres, y de los medios de satisfacerlas con la menor pérdida de energía, esto es, en una especie de fisiología de la sociedad. Pocos economistas, sin embargo, han reconocido hasta ahora que este es el dominio propio de la economía, tratando de considerar á su ciencia bajo este aspecto. El punto fundamental de la economía social, esto es, la *economía de la energía necesaria para la satisfacción de las necesidades humanas*, es, por consiguiente, lo último que uno debe esperar hallar tratado en forma concreta en obras de economía.

Las siguientes páginas van encaminadas á tratar de una parte de este vasto asunto. Contienen una discusión de las ventajas que las sociedades civilizadas pudieran obtener de una combinación de los procedimientos industriales con el cultivo intensivo, y del trabajo cerebral con el manual.

La importancia de tal combinación no ha pasado inadvertida para algunos de los dedicados al estudio de la ciencia social. Fué discutida apasionadamente, hará unos cincuenta años, bajo los nombres de «trabajo armonizado», «educación integral» y otros por el estilo, habiéndose observado en aquella época que la mayor suma total de bienestar puede obtenerse si se combinan una variedad de trabajos agrícolas, industriales é intelectuales en cada comunidad, y que el hombre da más de sí cuando

(1) Actualmente se está traduciendo esta obra en cinco idiomas, siendo la versión española la primera en ver la luz.

está en condiciones de poder aplicar sus capacidades, por lo general variadas, á diferentes ocupaciones en la granja, el taller, la fábrica, el gabinete ó el estudio, en vez de verse condenado por toda la vida á uno solo de esos trabajos.

En una época mucho más reciente, en 1870, Herbert Spencer, con su teoría de la evolución, dió origen en Rusia á un trabajo notable, *La Teoría del Progreso*, de M. Mikhailousky. La parte que corresponde en la evolución progresiva á la *diferenciación*, y la que pertenece á la *integración* de aptitudes y capacidades, fueron discutidas por el autor ruso con profundidad de pensamiento, quedando así completa la fórmula de Spencer sobre diferenciación.

Y, finalmente, entre otros pequeños monógrafos, deseo hacer mención de un librito muy sugestivo de J. R. Dodge, estadístico de los Estados Unidos, titulado *Granja y Fábrica: ayuda derivada por la Agricultura de la Industria* (Nueva York, 1886), analizándose en él la misma cuestión, bajo ese aspecto práctico, peculiar de los americanos.

Hace medio siglo, una unión armónica entre los procedimientos agrícolas é industriales, así como entre el trabajo intelectual y el manual, sólo hubiera sido un remoto *desiderátum*. Las condiciones bajo las cuales el sistema industrial se sostenía, como igualmente las antiguas formas de cultivo que prevalecían en aquella época, hacían imposible tal unión. No había que pensar en la producción sintética, y, sin embargo, la maravillosa simplificación de los procedimientos prácticos en ambas, industria y agricultura, debida en parte á una división del trabajo que va continuamente en aumento—en analogía con lo que vemos en el terreno biológico—, han hecho la simplificación posible, y una clara tendencia hacia una síntesis de la actividad humana resulta ahora aparente en la moderna evolución económica. Esta tendencia está analizada en el curso de esta obra, dándole particular importancia á los actuales recursos de la agricultura, ilustrando esta opinión con ejemplos tomados de diferentes países, y á los de la pequeña industria, á la que se ha dado un gran impulso con los nuevos sistemas de transmisión de fuerza motriz.

La parte fundamental de estos estudios se publicó, desde el 88 al 90, en el *Nineteenth Century*, y de uno de ellos en el *Forum*. Las tendencias indicadas en ellos han sido confirmadas, durante los últimos años, por tan numerosos ejemplos prácticos, que ha sido necesario introducir mucho material nuevo, teniendo que rehacerse los capítulos sobre la agricultura y la industria al pormenor.

Aprovecho esta oportunidad para dar mis más expresivas gracias á los editores del *Nineteenth Century* y el *Forum* por su amabilidad al permitir la reproducción de estos estudios en una nueva forma, así como también á aquellos amigos y corresponsales que me han ayudado á coleccionar informaciones sobre la agricultura y la pequeña industria.

(Traducción de Fermín Salvochea.)

P. KROPOTKIN.

MOVIMIENTO FILOSOFICO

I

EL PROBLEMA PSICOLÓGICO

Por la importancia que alcanza el problema psicológico en los tiempos actuales, importancia que llega á elevar la literatura psicológica en el número y en la calidad de sus producciones á un extremo casi inconcebible, parece que se presiente la verdad

que encierra lo declarado por Delbœuf: «no adelanta el conocimiento del mundo, sino en el grado que progresa el del hombre por sí mismo».

Para que el hombre se conozca, prescribe la Psicología contemporánea poner coto á las especulaciones abstractas, que describían minuciosamente un ser ideal, que no se compadece después con el hombre de carne y hueso; que lucha en la vida, que en ella encuentra desalientos y estímulos, caídas y pasos de avance, grandezas y pequeñeces en suma. La complejidad del problema, que semeja el enigma de los enigmas, requiere la experiencia y la experimentación, á que tantos y tantos progresos debe la Psicología moderna. ¿Deberá prescindirse por completo, como algunos pretenden, de lo llamado método de introspección ó autospección, es decir, de la reflexión subjetiva? Cuestión previa, que determina la índole y carácter de los conocimientos psicológicos, es la que formulamos y que interesa examinar, porque de su solución depende la tendencia y alcance de la nueva Psicología. Tiene ésta su entronque inmediato en la Psicología inglesa, y á ella hay necesidad de referir en primer término la manera cómo viene formulándose el problema general psicológico é indicándose soluciones al mismo.

La Psicología inglesa, influida por un sentido práctico y empírico y adoctrinada por la filosofía de Locke, no admite de las dos fuentes de información que éste señala (sensación y reflexión) la segunda, y con ella rechaza los caracteres íntimos y subjetivos de la conciencia y de su fuerza espontánea, para atender exclusivamente á las condiciones mediante las cuales los fenómenos psíquicos se asocian y combinan entre sí, y se esfuerza en hallar tales condiciones en los datos suministrados por la experiencia externa, olvidando que, como dice Höffding (1), sea el que quiera el método que se emplee, la reflexión aparece siempre punto central, á cuyo alrededor se reúnen cuantas noticias podamos adquirir merced á otros procedimientos. Ella resulta la fuente más inmediata para percibir los procesos psíquicos y, aunque no es suficiente por sí sola en el conocimiento de nuestro interior, los demás métodos únicamente sirven para integrarla ó dirigirla.

David Hume fué de los primeros que intentó un análisis profundo del conocimiento humano y de sus leyes psicológicas. Todas nuestras representaciones (que no tienen nada *a priori*) derivan de la sensación; tal es el principio capital de su doctrina. Según él (la observación así lo revela), toda disposición de ánimo un poco viva posee tendencia á durar y á esparcirse sobre las nuevas representaciones que surgen (2). Además, las representaciones tienen tendencia natural á evocarse recíprocamente, es decir, una inclinación á asociarse, merced á la cual una representación llama y aun arrastra á la siguiente con una *dulce violencia*. Señala Hume como condiciones de la asociación: la semejanza, la coexistencia en el espacio y el tiempo y la causalidad. Pero, según él, desconocemos la naturaleza propia de dicha relación causal y también si existe realmente, pues sólo percibimos diversas formas de fenómenos, sin que se pueda afirmar que un fenómeno sea determinado por otro. Al negar la necesidad de la causalidad fenoménica trató de explicar la fe que tenemos en ella mediante una sucesión ó concatenación de representaciones, es decir, mediante un

(1) *Esquisse d'une Psychologie, fondée sur l'Experience.*

(2) En esta observación hallan más tarde base los fisiólogos para conjeturar en la complicada estructura del sistema nervioso procesos, que llaman de *iteración* y que estiman principio explicativo suficiente para la concepción mecánica del hábito y de sus maravillosos efectos.

hecho psicológico, declarando, sin embargo, que el lazo que une nuestras representaciones es inexplicable, lo mismo que el que enlaza los objetos externos. Y aun añade que, prescindiendo de los metafísicos, «se puede afirmar que el hombre es una colección de diferentes percepciones que se suceden con inconcebible rapidez y que se hallan en un estado de movimiento perpetuo». Claro está que olvida el lazo interior de tales percepciones, que precisamente las constituye como elementos de una sola y misma conciencia y no de varias. La fuerza de cohesión queda preterida por Hume.

Nuevamente adquiere relieve, dentro de este movimiento empírico y antimetafísico, la verdad que tantas veces proclama Schopenhauer, «todo lo físico es metafísico; el hombre es un animal metafísico», pues el propio Hume, que con perspicacia laudable compara la asociación de los fenómenos interiores con la fuerza de abstracción del mundo externo, formula el problema (metafísico, que no sólo psicológico) si es posible conciliar el principio unificador, *of connetion* (lazo de las sensaciones á que refiere después St. Mill la realidad del alma), con el hecho de que todas las sensaciones y representaciones son elementos distintos é independientes. Contra lo que opina Guido Villa, en su obra magistral (1), obsesionado por el afán de distanciar la Psicología de la Filosofía, aparece que allí donde señala el entronque de la Psicología empírica, surge y resurge del fondo caótico ó discretamente analizado de la experiencia interna el problema filosófico y metafísico (2).

Más acentuadamente empírico Hartley, continuador de Hume, no se libra del espíritu filosófico, que informa al problema en cuestión, y se preocupa ante todo del *principio unificador*, tratando de explicar los fenómenos psíquicos complejos mediante la asociación de sensaciones y representaciones simples. Para Hartley la asociación es la unión de sensaciones contemporáneas ó sucesivas, que al repetirse constituyen una sola, de lo cual infiere que la vida psíquica se desenvuelve poco á poco, á partir de los hechos más simples, para llegar á los más complejos, según una asociación continua, regida por las siguientes leyes: 1.^a, las representaciones complejas constituyen una unidad tan perfecta que se asimilan sus componentes, como acontece en las combinaciones de la materia; 2.^a, los fenómenos psíquicos que se realizan en un principio con plena conciencia llegan, mediante la repetición, á ser inconscientes ó automáticos; y 3.^a, la fuerza y vivacidad propias de ciertas representaciones se transmiten á las demás que se asocian á ellas.

Se observa, por tanto, que el problema á resolver, de índole filosófica y no exclusivamente empírica, se refiere á conciliar la multiplicidad de los fenómenos psíquicos con la actividad interna, que revela con su permanencia la identidad del individuo consciente, único punto fijo que puede señalar el observador más perspicaz en el continuo suceder y desaparecer de los fenómenos. Parece sentirlo, mejor que ningún otro, St. Mill, que admite como principio fundamental psicológico la *unidad y la conexión* de la conciencia, cuyas formas especiales son para él las leyes de la asociación. El lazo de una con otra representación (que supone como base de la posibilidad de dicho enlace la conciencia) es *tan real*, dice St. Mill, como las representaciones mismas.

(1) *La Psicología contemporánea*. Torino 1899.

(2) La Psicología inglesa es algo más que el estudio de los fenómenos internos, y de su conexión con los exteriores, resulta, aunque no lo declaren expresamente sus cultivadores, una Biología y especie de Filosofía fundamental ó Metafísica empírica con aspiraciones á resolver, dentro de su limitado criterio, el llamado, desde el tiempo de Kant, problema crítico del conocimiento.

No será inferencia prematura, sino por completo justificada, declarar que el tránsito de la Psicología inglesa á la alemana (que concede importancia especialísima al factor interno, que unifica los elementos asociados en los procesos de la conciencia) se puede descubrir en la conclusión enunciada por St. Mill. Todo ello autoriza para reconocer en el hecho vivo del pensamiento filosófico cumplida la ley histórica de la continuidad. No son la Psicología inglesa de un lado y la alemana de otro, ramas desgajadas de un tronco común; antes se ofrecen como florecencias de una savia común que nutre á ambas. Por igual las dos, según dice Gerard Varet, se ocupan de tendencias, que descubren en el *totum continuum* de los fenómenos como posibilidades permanentes, que sirven de principio explicativo ó idea directora de la vida interior, adaptándose y acomodándose á las condiciones ofrecidas por la vida externa para la manifestación de la primera.

El procedimiento empírico que la una y la otra siguen, ayuda en parte á la convergencia de los resultados obtenidos; porque es una vulgaridad, ya rechazada por el espíritu científico, la de oponer la Filosofía á la experiencia. Si las cosas son cognoscibles mediante la experiencia, objeto de la Filosofía es la experiencia misma y el hecho del conocimiento. Por tal razón hemos dicho (véase Introducción), que la Filosofía es la unificación de los conocimientos humanos, *universitas scientiarum*, percepción de la totalidad de lo real.

Pero la totalidad de lo real se reduce por la Psicología inglesa á la representación, á la serie de las representaciones (quizá porque sólo desde ella podemos hablar de objetos y fenómenos) y al mecanismo, según el cual se asocian, *vicio intelectualista* que los psicólogos ingleses, sin exceptuar á St. Mill, que es ante todo un lógico, copian del Escolasticismo tradicional. Intellecto y realidad interna son términos semi-identicos para los psicólogos ingleses, y aun el mismo Bain, que estudia las emociones, considera la vida afectiva como germen ó bosquejo de representaciones en cierto modo confusas. Cuando el procedimiento empírico queda aceptado por la Psicología alemana, ésta se halla en parte favorablemente dispuesta á librarse del vicio intelectualista, pues las certeras intuiciones de Kant, distinguiendo la Razón pura de la práctica y elevando el sentimiento del deber á base inmediata de la vida moral y las geniales anticipaciones de Schopenhauer, proclamando la primacía de la voluntad respecto al intelecto, son frutos que ha de cosechar la Psicología alemana, señaladamente en su más ilustre representante Wundt, para purgar del intelectualismo abstracto los novísimos estudios psicológicos.

Fijar la mayor complejidad de la vida interna, que no puede reducirse al intelecto, pues en la misma *apercepción* encuentra Wundt un esfuerzo voluntario y en la *atención* halla Ribot actividad que se desenvuelve según el interés que despierta lo presente en nuestro instinto de la curiosidad, será estimado tal vez por el distraído como un aumento de complicación, que distancia el pensamiento filosófico del señuelo que le atrae, la unidad ó unificación del saber. Pero resta como contención que oponer á objeciones tan aparentemente incontrastables, que la variedad, á medida que crece, requiere unidad que la justifique. Y si la Psicología alemana trabaja hondo y recio en el empirismo de la inglesa, caracterizando los fenómenos psíquicos y acentuando su convivencia con los fisiológicos, ¿cómo no entrever el postulado de la unidad en el problema psicológico?

U. GONZÁLEZ SERRANO.

Febrero de 1901.

CIENCIA Y ARTE

FISIOLOGÍA

MODIFICACIÓN DE LOS ÓRGANOS POR EL TRABAJO

La función hace el órgano.—Desaparición de los órganos por haber cesado las funciones; conservación de los órganos por persistencia de la función.—Por qué los gimnastas se conservan ágiles hasta su vejez.—Modificación de los órganos del movimiento por el ejercicio.—Modificación de los aparatos orgánicos asociados al movimiento; amplificación de los pulmones.—Transformación de los tejidos vivos por el trabajo.—Asimilación más activa: crecimiento de los músculos.—Desasimilación más rápida; disminución de los tejidos de reserva.—Aumento de la fuerza por crecimiento de los tejidos musculares.—Disminución de la fatiga: es debida á la desaparición progresiva de los tejidos de reserva.—Cómo se explica este resultado.—La grasa, causa de sofocación. Por qué mecanismo. Insuficiencia de las explicaciones admitidas.—La teoría de los adiestradores; la «grasa interna».— Objeciones á esta teoría.—Observaciones prácticas.—La grasa de reserva y la grasa constitucional.—Los corredores gordos.—La desasimilación fácil de las grasas de reserva, causa de sofocación, por exceso de producción de ácido carbónico.—Los tejidos de reserva nitrogenados y la fatiga consecutiva.—La desaparición de las agujetas va unida á la desaparición de los sedimentos úricos después del ejercicio.—Observaciones personales sobre la fatiga.

I

Los fisiólogos dicen que *la función hace el órgano*. Esta frase significa que el cuerpo humano se adapta materialmente, por un cambio de conformación, á un acto frecuentemente repetido.

Siempre es difícil representarse exactamente un hecho anunciado bajo una forma general y abstracta. Trataremos, pues, de dar una idea de lo que queremos expresar, citando un ejemplo. Supongamos un hombre que tiene una luxación del hombro; la cabeza del húmero se ha salido de la cavidad articular y se ha fijado en una región vecina. Supongamos que no se ha hecho la reducción; la luxación no se cura; y, no entrando la cabeza del hueso en el sitio de donde se había escapado, no pueden ejecutarse ya los movimientos, el miembro se inmoviliza en la posición viciosa en que le ha colocado el accidente y, al cabo de algunos meses, se produce la anquilosis. Si entonces se llama al médico, es ya demasiado tarde para volver á su sitio los huesos desconcertados; ya no hay más que hacer que dar un consejo: el de hacer trabajar lo más posible al brazo, para restituirle la facultad de moverse. En efecto, á consecuencia de los movimientos que diariamente se imprimen al hueso, se consigue que se restablezcan sus funciones y que el brazo, aun conservando su posición irregular, vuelva á ser capaz de acción.

Hay individuos cuya cabeza humeral se ha colocado entre la clavícula y las primeras costillas, muchos centímetros más dentro de la articulación normal, y que sin embargo recobran, por el ejercicio diario de los brazos, una gran parte de los movimientos de este miembro. Si hay ocasión de hacer la autopsia de estos individuos, se

encuentra que en el hueso del brazo se ha abierto una cavidad nueva, á expensas de la clavícula y de las costillas con las cuales estaba en contacto. Si la luxación es antigua y si el individuo ha movido mucho su brazo, la cavidad articular de nueva formación presentará todas las apariencias de una articulación normal. Membrana sinovial, cartílago, tejidos fibrosos que forman una cápsula de envoltura, en suma, todos los elementos que constituyen una articulación, se encontrarán desenvueltos en un punto en el cual no existían en el estado normal. Se llama *falsa articulación* esta junta nuevamente creada. La articulación, órgano indispensable del movimiento, puede, pues, ser creada por el movimiento mismo.

Así, «la función hace el órgano». Pero de esta ley se desprende un corolario, que podría formularse así: «la cesación de la función hace desaparecer el órgano».

En el caso tomado por ejemplo, la cavidad articular de que se escapó el húmero, no siendo ya centro de sus movimientos, pierde en muy poco tiempo su forma, su estructura normal; el líquido sinovial, que servía para lubricar las superficies articulares, como no se utiliza, deja de segregarse; la sinovial misma desaparece; aún más, los cartílagos articulares son reemplazados poco á poco por tejidos óseos y, al cabo de un cierto tiempo, la cavidad articular entera se rellena y desaparece. El terminar la función ha hecho que desaparezca el órgano. La ley que relaciona íntimamente la existencia del órgano á la de la función no es nunca tan evidente como en el trabajo muscular. Se aplica, no sólo á la creación de un órgano nuevo por una función nueva, sino también al perfeccionamiento del órgano ya existente por el hecho de funcionar con más frecuencia.

Los hechos comprobados en el hombre que trabaja todos los días se relacionan muy exactamente con la ley que acabamos de exponer. El trabajo muscular tiende á modificar la nutrición de todos los órganos motores y á darles una estructura que favorezca la ejecución de los movimientos. Si se pasa revista á todos los órganos que concurren á la ejecución del trabajo, se ve que todos están sometidos á esta ley fisiológica de la adaptación á la función, ó, en otros términos, del perfeccionamiento por el trabajo. Se ve también, si se hacen observaciones contradictorias, que la falta de funcionamiento de los órganos tiene por resultado su decadencia y la suspensión de su desarrollo.

Los músculos devienen más gruesos por el trabajo, al mismo tiempo que sus fibras se limpian de todo tejido que las entorpece y se despojan de la grasa que pueda embarazar su contracción. El descanso, por el contrario, atrofia la fibra muscular, y el músculo, largo tiempo inactivo, se infiltra de tejidos grasientos.

Las articulaciones son las partes del cuerpo cuya perfecta función tiene mayor importancia para la ejecución de los movimientos. Así, no hay ninguna que sufra más que ellas el influjo del ejercicio muscular. Para darse cuenta de esto, es preciso comparar la coyuntura, que ha conservado una inmovilidad completa, con la que ha estado sometida á movimientos repetidos. La que es muy activa, adquiere una facilidad maravillosa para moverse; la que permanece en la inacción, concluye por *anquilosarse*, y los huesos que la componen acaban por soldarse entre sí. El ejercicio de un miembro conserva toda la movilidad á sus coyunturas; y esto es lo que hace que los gimnastas guarden hasta la vejez la soltura de movimientos y las actitudes juveniles. Sin embargo, la edad tiende á incrustar sales calizas en los tejidos de la economía; las arterias de los viejos son duras y pierden su elasticidad; sus tejidos fibrosos tienden también á endurecerse y sus ligamentos son invadidos progresivamente por la

osificación. Pero el movimiento continuo de una coyuntura se opone á la incrustación caliza, que tiende á invadirla; el trabajo hace imposible la anquilosis y esa incrustación de los tejidos fibrosos; mientras el hombre hace actuar sus músculos, conserva la libertad de sus miembros. La persistencia de la función conserva la integridad del órgano.

Los órganos internos, bajo el influjo del ejercicio muscular, sufren también cambios favorables á la ejecución del acto frecuentemente repetido.

El pulmón, cuyas células entran todas en juego por la mayor actividad de la respiración, se ensancha y rechaza en todos sentidos las piezas óseas en que está apriionado; el tórax se dilata, las costillas se levantan y el pecho toma una forma abombada, muy característica. Todos los gimnastas de profesión presentan una especie de bóveda en la región del pecho, que corresponde á las costillas superiores y á la clavícula. Se ha tomado medida á los militares jóvenes de la Escuela de gimnasia de Joinville, y se ha comprobado en pocos meses un crecimiento de muchos centímetros en la circunferencia del pecho, bajo el influjo del ejercicio muscular á que se entregan.

Es fácil comprender cuánto debe facilitarse la respiración por este aumento de la capacidad torácica. El volumen de aire que se introduce en las células pulmonares es mucho más considerable, y como se hace en un campo mucho más amplio la eliminación de los residuos respiratorios, la sofocación disminuye durante el ejercicio.

El corazón sufre también un cambio de volumen y de estructura. Sus fibras musculares crecen, y su tejido sobre todo se hace más firme, más denso; se despoja de la grasa que le estorbaba y que quitaba tonicidad á sus fibras. Esta modificación es favorable á la ejecución del ejercicio, porque un corazón vigoroso arroja la sangre con energía, lo cual hace que atraviese sin dificultad la trama de los órganos. La más enérgica impulsión dada á la sangre se opone al entorpecimiento de los vasos capilares del pulmón durante el ejercicio, suprimiendo de este modo una causa muy poderosa de sofocación: la congestión pulmonar pasiva.

II

¿Por qué mecanismo el ejercicio muscular produce en los órganos las transformaciones de que acabamos de dar idea? Para responder á esta cuestión, hay que penetrar más hondo en el pormenor de los cambios experimentados por un organismo que trabaja diariamente, y estudiar el influjo del ejercicio sobre la nutrición de los tejidos vivos.

El primer efecto del ejercicio es activar las combustiones vitales y, por consecuencia, disminuir la masa de los tejidos á expensas de los cuales esas combustiones se alimentan. Pero da también por resultado activar el movimiento de asimilación, es decir, añadir á los tejidos ya existentes nuevas moléculas, sacadas de los productos de la digestión. De aquí, que el segundo resultado compense el efecto del primero, y que las pérdidas sufridas por el hecho del trabajo sean reparadas por las nuevas adquisiciones, consecuencia del trabajo mismo.

Pero las pérdidas y las adquisiciones, si se equilibran como cantidad, no tienen por asiento los mismos elementos anatómicos. Ciertos tejidos se usan por las combustiones del ejercicio muscular, y otros tejidos son los que se benefician del crecimiento del movimiento nutritivo. Por influjo del trabajo, los músculos aumentan, mientras que la grasa disminuye. Ahora bien, los músculos son los órganos del trabajo, y su mayor desarrollo aumenta la fuerza del individuo. Las grasas, al contrario,

son tejidos que estorban, inútiles para la ejecución mecánica de los movimientos y capaces de poner obstáculos al trabajo, de diversas maneras. El movimiento nutritivo está, pues, dirigido por el trabajo muscular en tal sentido, que hace al individuo más apto para trabajar.

Cuando se desciende á los pormenores del movimiento, se ve que, á cada contracción muscular, la sangre va al músculo, baña la fibra muscular y permanece en contacto con ella durante un tiempo prolongado; de este modo, los elementos del líquido nutritivo pueden depositarse sobre los elementos de los músculos, cuyo volumen aumenta poco á poco. El tejido graso, por su parte, sufre durante el trabajo modificaciones químicas, para las cuales su composición le hace muy apto. Está formado de elementos que tienen afinidad para el oxígeno, como lo son el hidrógeno y el carbono. Ahora bien, el oxígeno es el principio más activo de las combustiones vitales. A expensas de los tejidos hidro-carbonados, se forman con preferencia las combinaciones químicas de que toma origen el calor vital. A cada esfuerzo muscular, se hace un gasto de calórico proporcional á la fuerza de la contracción; y, según las más recientes teorías, gracias á la combustión de las grasas, es como se alimenta el calor gastado por los músculos durante el trabajo.

DOCTOR FERNANDO LAGRANGE.

(Continuará.)

(Traducción de Ricardo Rubio.)

CRÓNICA CIENTÍFICA

Obra importante: La constitución del mundo, por Clemencia Royer. — La forma y la masa de los átomos. — La ley de Newton. — Teoría del origen y del destino de los mundos. — Diversas categorías de los astros, según su masa.

No es posible, en los límites necesariamente restringidos de estas crónicas, el análisis, por breve que sea, de la obra admirable que la señora Clemencia Royer ha publicado con el título *La constitución del mundo*, si se tratase de enumerar todas las riquezas, todas las ideas, todas las concepciones, á la par felices y atrevidas que contiene.

Expone la autora todas las leyes conocidas de la cosmografía, de la mecánica, de la física y de la química, y las parangona para deducir fórmulas admirables de la constitución íntima de la materia, encontrando el medio, por arreglos variables de los elementos de la substancia cósmica, de figurar geoméricamente las moléculas y los átomos. La señora Royer no vacila en ciertos momentos en derribar de un golpe algunas pretendidas leyes mecánicas y ciertos sistemas filosóficos admitidos hasta el día para la explicación del cosmos. No contenta con afirmar, critica, discute las ideas ajenas con perfecta buena fe, y por último demuestra, ó trata de demostrar su pensamiento, pudiendo citarse como ejemplo de su proceder, el hecho de que, en guerra abierta contra la ley de Newton, base de la mecánica universal y tan fecunda en resultados, añade que el gran matemático inglés fué el primero en protestar contra la manera como fué enunciada su famosa ley de la gravitación: Los cuerpos no se atraen, dice, pero obran como si se atrajesen.

A mi juicio, la autora hubiera podido añadir que la misma fórmula de Newton es falsa en ciertos límites, porque si los centros de gravedad de los dos cuerpos coinciden,

es decir, si su distancia es nula, la atracción mutua de estos dos cuerpos será una cantidad dividida por cero, es decir, infinita, y no habría, pues, fuerza capaz de separarlos, lo que es contrario á la evidencia.

No acepto en absoluto las ideas de la autora y declaro que no me ha convencido cuando trata de establecer que el aire es una combinación química y no una mezcla. Sería preciso, para aceptar sus deducciones, dar á las palabras «combinación» y «mezcla» acepciones diferentes á las que han tenido hasta el día, lo que no es necesario. Por el contrario, las deducciones que saca la autora de las leyes de la expansión de los flúidos para establecer la masa de los átomos, son verdaderamente geniales. Para ella, los átomos de éter son los más voluminosos de todos, y los átomos materiales son tanto más pequeños cuanto su masa es más considerable; al éter sigue el hidrógeno (el cuerpo más ligero), que posee el átomo más grande; el iridio y el platino (los más pesados), que tienen los más pequeños. Pero desde el hidrógeno al platino, todos los átomos materiales poseen una inercia, una masa, un peso, en tanto que los átomos de éter, más que imponderables, son *impesantes*. No dejará de reprocharse á la autora esta afirmación atrevida. Se llegará hasta establecer una contradicción entre estas ideas y el hecho que la misma admite: la transformación posible de los átomos etéreos en átomos pesantes y viceversa; pero no debe olvidarse que si los cuerpos pierden ó adquieren ciertas propiedades al pasar del estado sólido al gaseoso (la forma, por ejemplo), no hay razón para que no pierdan otras cuando pasan del tercero al cuarto estado, es decir, del gaseoso al etéreo.

No podemos seguir á la autora en sus sabias disertaciones atestadas de números y de fórmulas con que reemplaza la ley newtoniana con la hipótesis de la fluidez esencial de los elementos cósmicos, suponiendo su repulsión mutua, de la cual deduce sucesivamente las leyes de la materia.

Citaremos solamente sus hipótesis sobre el origen y el destino de los mundos, según las cuales los astros están condenados, no á enfriarse y á extinguirse, sino á volatilizarse de nuevo por la caída de sus satélites planetarios y á tomar otra vez la forma de la nebulosidad amorfa, destinada á enfriarse lentamente antes de dar nacimiento á nuevos géneros de mundos.

La parte culminante del libro, ante la cual nos detenemos con especial complacencia, es aquella en que la autora establece la existencia bien definida de cinco categorías de astros, basándose en que la diferencia entre los soles y los cuerpos oscuros depende exclusivamente de la de su masa; si ésta es bastante considerable para que el calor desarrollado por su presión sobre sí misma sea suficiente para liquidarla por completo, permanecen luminosos en estado de soles radiantes, y, como tales, pueden constituirse en centros de gravitación de otros cuerpos menores y más fríos. Aquellos que, no teniendo más que una masa y un calor insuficientes para liquidarlos por completo, quedan envueltos en una corteza sólida y oscura cuyo espesor varía en razón inversa de su temperatura interna y de la relación de su masa con su superficie.

Esto sentado, la primera de las cinco categorías de astros será la de las grandes masas que producen bastante calor para liquidarse por completo hasta su superficie y formar así globos incandescentes que irradian á la vez luz y calor. Estos son las estrellas ó soles.

La segunda comprende, lo mismo que las tres siguientes, los astros opacos. En esta categoría se hallan los mundos que llegan á una temperatura constante, determinada por la relación de la producción interna del calor á la pérdida por irradiación, y cuyo

calor, producido por las presiones es bastante fuerte para no dejar en su superficie más que una delgada película sólida, siempre en contacto con el líquido subyacente. Si la masa de estos cuerpos aumenta por la caída de materiales cósmicos, su temperatura aumenta en otro tanto. Tal parece ser el estado de equilibrio térmico de la Tierra y de los otros planetas mayores que ella.

La tercera categoría comprende los cuerpos pequeños en que no ha podido establecerse ese estado de equilibrio térmico. Desarrollando su débil masa un calor insuficiente para operar la fusión de sus elementos hasta una corta profundidad debajo de su superficie, su envoltura sólida, demasiado espesa relativamente á su corto radio, forma una bóveda absolutamente rígida que no ejerce presión sobre el pequeño núcleo líquido interior. El cuerpo no es ya simétrico en cuanto á su homogeneidad física, sino una especie de globo lleno de lastre, en el cual un hemisferio es más pesado que el otro, y si gravita alrededor de otra masa sideral le presentará siempre su hemisferio más pesado. Tal es el caso de nuestra luna, de los satélites, de los otros planetas, de los asteroides y de los planetas que carecen de lunas, más pequeños que la Tierra, como Mercurio y Venus. Si Marte y la Tierra no tuviesen satélites que influyesen sobre su movimiento de rotación, presentarían siempre el mismo hemisferio al Sol, como la Luna le presenta á la Tierra.

El cuarto grupo comprende las estrellas errantes, los bólidos, los aerolitos y los cometas.

Hay, por último, una quinta categoría de astros: las nebulosas propiamente dichas; es decir, no los montones de estrellas situados á enormes distancias de nuestro sistema, sino masas cósmicas mal limitadas, compuestas de gas luminoso muy diluído.

En otra «Crónica» nos ocuparemos de la teoría de la formación de los mundos y especialmente de los satélites de nuestro sistema según las teorías de la señora Royer, las cuales son verdaderamente interesantes y dignas de ser conocidas.

TARRIDA DEL MÁRMOL.

LOS MALOS PASTORES

DRAMA EN CINCO ACTOS

ACTO SEGUNDO

Un lujoso estudio de pintor. En el fondo una puerta grande abierta en dos hojas sobre un hermoso vestíbulo alumbrado por una amplia abertura que se ve en perspectiva en el rectángulo de la puerta. Por el vestíbulo se percibe la rampa de una escalera monumental, toda dorada; en las paredes, tapicería antigua, estatuas, cuadros que cortan las líneas rectas de la puerta. En el taller, á la derecha, una gran abertura. Puerta á la izquierda, disimulada por un *portier* de seda bordada. Caballetes cubiertos de tela. Asientos adornados con pequeñas estatuas. Sobre las paredes telas preciosas, cuadros en estudio.

ESCENA PRIMERA

LA MADRE CATHIARD, UNA CRIADA

(La madre Cathiard está en el estudio esperando á Genoveva. Lo mira todo, muebles, tapices, con los ojos desmesuradamente abiertos, mezcla de admiración y odio. La criada la vigila visiblemente, aunque parece entretenida poniendo algunos objetos en orden. Cuando

la criada mira á la vieja Cathiard, le hace á ésta muecas insolentes y desdeñosas que no se toma la molestia de disimular. Juego de escenas.)

La criada. (*Oyendo pasos en la escalera.*) He aquí la señorita. (*Entra Genoveva; sale la criada.*)

ESCENA II

GENOVEVA, LA MADRE CATHIARD

Genoveva. He llegado algo tarde. (*La madre Cathiard se inclina respetuosamente. Mirando el reloj.*) Las dos. Esto es horrible. (*Dirigiéndose á la madre Cathiard.*) Pero vamos á adelantar el tiempo perdido, ¿no es verdad? (*Dispone la tela; prepara la paleta.*)

Madre Cathiard. (*Actitud afable, en la que se nota, sin embargo, algo de odio.*) Ya lo creo, señorita... vaya si lo adelantaremos.

Genoveva. Póngase usted como ayer, pero de prisa. Todo está preparado. (*Señala un paquete que hay sobre un diván.*)

Madre Cathiard. Sí, señorita. (*Un criado entra con una bandeja con copas y botellas, las deja sobre una mesita y se marcha.*)

Genoveva. (*Mientras la madre Cathiard deshace el paquete y se arregla.*) Por fin esta vez es cierto; tenemos huelga... Vaya un negocio que van á hacer.

Madre Cathiard. (*Con la vista baja.*) Yo no sé nada, señorita.

Genoveva. ¿Cómo que no sabe usted nada?

Madre Cathiard. ¡Oh! no, yo no me ocupo de esas cosas.

Genoveva. Sin embargo, usted no puede ignorar que en este momento hay una reunión de obreros en el café Fagnier... y que antes de una hora tal vez hayan votado la huelga.

Madre Cathiard. Es posible, sí; pero yo lo ignoro... ¿Cómo quiere usted, señorita?...

Genoveva. En fin, no podrá negarme que ha oído hablar á unos y á otros... el ruido que promovieron ayer tarde no fué pequeño; y además, los carteles rojos, las proclamas y otros horrores. ¡Eso no puede ignorarlo!

Madre Cathiard. Sí, en efecto; he oído hablar algo á unos y á otros; pero á mi edad, señorita, esas cosas entran por un oído y salen por otro.

Genoveva. En resumen: que no quiere usted decir nada.

Madre Cathiard. ¡Santo cielo! ¿Pero cree usted, señorita, que á mí me cuenta nadie sus negocios? Está usted en un error si así lo cree. Mi opinión es que todas esas son cosas para tomarlas á risa, y que no habrá huelga ni habrá nada. Después de la contestación de su padre de usted á los delegados, es de suponer que los obreros reflexionarán; ¿no le parece?

Genoveva. Y harán bien, porque mi padre no le queda ya paciencia para aguantar más. Ha hecho cuanto ha podido y más. Si se deciden por la huelga, les aplastará.

Madre Cathiard. ¡Ah!

Genoveva. ¿Y su hijo de usted?

Madre Cathiard. ¿Mi hijo?

Genoveva. Sí, su hijo. ¡Supongo que no me contestará usted que nada sabe de él?

Madre Cathiard. (*Con sorpresa.*) ¡Oh! Es joven, débil, no tiene voluntad y lo arrastran unos y otros. Pero en el fondo hay bondad y energía. Es bueno, ¡vaya si es bueno!

Genoveva. Pues parece todo lo contrario. Según tengo entendido, es de los más entusiastas, de los más rabiosos, mejor dicho.

Madre Cathiard. ¿Quién? ¿mi hijo? ¡Dios mío! Quien se lo haya dicho á usted es un famoso embustero, respetando á la señorita, que quiere perjudicarme. Hay que oírle cuando habla de usted y de vuestro padre. Pueden creer que les quiere á ustedes con toda su alma.

Genoveva. Tanto mejor. Demasiado comprenderá usted que la deferencia con que la trato concluiría si vuestro hijo fuera enemigo nuestro. ¡Tan buena como soy yo para todo el mundo!

Madre Cathiard. Es verdad, es verdad. Pero todo eso son novelas, verdaderas novelas.

Genoveva. ¿Y Magdalena? ¿Y Thieux? ¿No es eso vergonzoso?

Madre Cathiard. *(Voz sin expresión.)* ¡Oh! ¡por eso!

Genoveva. Gentes á quienes hemos colmado de favores, como usted sabe.

Madre Cathiard. *(Igual expresión.)* ¡Ah!

Genoveva. Eso es una infamia. ¡Tanto que me deben!... Pero en adelante pueden ir á pedir socorro á su Juan Roule.

Madre Cathiard. *(Igual expresión.)* ¡Sí! ¡Sí!

Genoveva. ¿Quién es ese Juan Roule que dirige este movimiento?

Madre Cathiard. No sé; no lo conozco.

Genoveva. Un mal hombre, un bandido, un asesino. Yo lo vi en casa de Thieux la tarde que murió Clemencia. Me miró con unos ojos que me aterrorizaron.

Madre Cathiard. *(Ha concluido de vestirse.)* Fíjese, señorita; ¿estoy bien así?

Genoveva. Sí, ¡eso es!, trabajemos; hablando nada se adelanta... Pero me gustaría saber qué es lo que piensa esa gente.

Madre Cathiard. *(Levantando los hombros.)* Sí, ¡claro está! ¿Qué es lo que quieren? *(Entra Roberto.)*

ESCENA III

ROBERTO, GENOVEVA, LA MADRE CATHIARD

Genoveva. *(Molestada.)* ¡Ah!, eres tú.

Roberto. *(A la madre Cathiard que se inclina.)* Buenos días, madre Cathiard. *(A Genoveva.)* ¿Te molesto?

Genoveva. No; pero ¿por qué no te has quedado con nuestros amigos?

Roberto. No podía más.

Genoveva. Vas ha decirme algo y eso me fastidia cuando estoy trabajando. *(Roberto se acerca al lienzo. Genoveva lo vuelve del revés contra el caballete.)* ¡Ah! ¿ves? No, no te burlarás de mí. *(A la madre Cathiard.)* ¿Y el cesto de naranjas? *(La madre Cathiard hace un gesto significativo de que se le ha olvidado.)*

Roberto. Querida Genoveva, tus amigos me irritan, me hacen daño. Creí no poder llegar al fin de la comida, y si no me salgo del salón del billar donde tomando café, hablan de mujeres y de repugnantes obscenidades, del socialismo del Papa, de la caza y de caballos, creo que no me hubiese podido contener y que les hubiera dado un disgusto. Estamos en vísperas de un terrible conflicto y ya ves de qué se ocupan. Yo no sé cómo mi padre puede vivir con tales imbéciles.

Genoveva. A ti, todo el mundo te parece imbécil. ¿Sabes si antes de marcharse pasarán por aquí?

Roberto. En este caso nos hablarían de arte, porque también tienen sus opiniones sobre esa materia, y dejarán de ser odiosos para ser cómicos. La cosa cambia; su estupidez me hará sentirme orgulloso de mí mismo. *(La madre Cathiard vuelve con el cesto de naranjas.)*

Genoveva. ¡Bueno, bueno! Coge un libro, lee y cállate. *(A la madre Cathiard.)* Ahora trabajemos. *(Roberto se sienta en el diván; Genoveva frente al caballete, que pone á punto... A Roberto.)* ¿Pero tú lees ó no?

Roberto. *(Entre serio y burlón.)* ¡Está en tu alma el que yo lea!...

Genoveva. ¡Me pones nerviosa! *(Silencio. La madre Cathiard ha adoptado su postura de modelo. Genoveva compara el modelo y el lienzo con ligeros signos de cabeza.)* No, no es esto precisamente... La cabeza un poco más á la izquierda; algo más inclinada... Un poquito más... Ahí, eso es; muy bien. No se menee usted. *(Se levanta, le arregla algunos pliegues de la ropa; mira el efecto. Gestos de pintor.)* Qué belleza, qué expresión, qué rasgos. Qué... *(Acaba la frase con un gesto. Se pone á pintar... Silencio.)* ¡Oh! Esos tonos de marfil pulido, esa cara surcada de arrugas, descarnada, me exalta, es hermoso. *(Silencio. Al cabo de algunos segundos Genoveva frunce el ceño, deja la paleta sobre sus rodillas y mira atentamente, con gravedad.)* Pero no; no es eso. No sé lo que me sucede, que no hallo la expresión... Madre Cathiard, hoy no tiene usted la cara de otros días; hay en vuestro rostro una dureza que no había ayer. *(La madre Cathiard intenta variar la expresión de la cara.)* No, no; no es esa tampoco. Está usted muy lejos del sentimiento... A ver, adopte una expresión de tristeza, de gran tristeza... Recuerde lo que le he dicho antes; haga como si pasara grandes miserias, como si fuera víctima de horribles sufrimientos... Como si llorara. *(La fisonomía de la madre Cathiard adquiere una expresión siniestra... Dirige á Genoveva miradas fulminantes. Roberto, que ha presenciado la escena, se levanta.)* ¿Pero es que no me comprende? *(Con algo de mal humor.)* Como si llorara. Eso no es difícil. *(La intensidad de la mirada de la anciana es tal, que Genoveva se levanta y retrocede.)* ¿Por qué me mira usted así? Esa no es su mirada. ¿Es que está usted enferma?

Roberto. *(Interviene... Con severidad.)* ¡Genoveva!

Genoveva. *(Molestada.)* ¿Qué es lo que quieres?

Roberto. Tú eres demasiado nerviosa y hoy no puedes trabajar. Y usted, madre Cathiard, retírese. *(La madre Cathiard mira á Genoveva. Roberto, con acento enérgico.)* Sí, créame usted; es mejor. *(La madre Cathiard se levanta... Se quita las ropas.)*

Genoveva. ¿Por qué hablas así? ¿Por qué has hecho eso?

Roberto. *(Imperioso.)* Cállate, por favor. No me obligues á más.

Genoveva. *(Dejando paleta y pinceles y pagando á la madre Cathiard.)* ¿Mañana volverá usted?

Roberto. *(Con viveza.)* No, no volverá más.

Genoveva. *(Impaciente.)* ¿Y por qué?

Roberto. ¡Silencio!

Genoveva. ¿Pero estás loco? ¿Qué es lo que te pasa? ¡Ah! Roberto, Roberto; también tú tienes hoy la mirada aviesa.

Madre Cathiard. *(Ha terminado de quitarse la ropa; está para marcharse.)* ¡Señorita, señor Roberto! ¡Dispénsenme ustedes!

Roberto. No, de nada, madre Cathiard. Al contrario, lo que os ruego es que no odiéis á esta casa. *(Madre Cathiard sale lentamente simulando no haber comprendido. Genoveva ha hecho sonar el timbre; aparece la criada que acompaña á madre Cathiard, quien an-*

tes de desaparecer, muestra la dureza de sus miradas sobre el fondo alumbrado del vestíbulo.)

ESCENA IV

ROBERTO, GENOVEVA

Genoveva. (*Llorosa, enjugándose las lágrimas.*) ¡Humillarme así delante de esa vieja mendiga! ¡Ah!

Roberto. ¡Genoveva!

Genoveva. Vete de aquí; no me hables más; te detesto.

Roberto. ¡Genoveva!

Genoveva. Jamás hubiera sospecha lo tal cosa de ti. (*Llorosa.*) ¿Es que te has vuelto loco completamente? Lo que has hecho hoy es odioso, repugnante. ¿Qué va á creer de mí esa vieja? ¿Qué dirá?

Roberto. No llores. . Es preciso que tus amigos no se enteren de que has llorado. ¡Escúchame! Si fueras una artista superior, con talento para legar á la humanidad obras maestras, inspiradas en el sufrimiento y la piedad, estaría muy bien. Pero para distraerte un momento en tu vida de holganza y vanidad, jugar con el dolor y los sufrimientos de esas pobres gentes, eso no está bien, sino al contrario, muy mal.

Genoveva. (*Herida en su amor propio.*) No tengo la pretensión de ser una artista de mérito; pero la medalla obtenida en la última exposición nacional, creo que algo significa...

Roberto. ¡Pobre Genoveva!

Genoveva. Me aburres, me fastidias. Además, nadie te ha dicho que vinieras; aquí estoy en mi casa. ¿Por qué has de molestarme?

Roberto. (*Con amabilidad.*) Quisiera hacerte comprender, Genoveva... Acuerdate de nuestra querida madre, cuyas virtudes preservaron á esta casa durante mucho tiempo de las catástrofes que hoy la amenazan.

Genoveva. ¿Y qué?

Roberto. Pues que te legó un gran deber y la más dulce y hermosa misión que una mujer puede realizar: calmar las locuras del egoísmo y de la fuerza, interceder en favor de los débiles, de los humildes; curar, con la educación, la ignorancia y la brutalidad. ¿Qué has hecho de estos deberes, cuya práctica no te exijo con la grandeza de nuestra madre, que era una santa? Los has olvidado completamente.

Genoveva. ¿Y está bien que hable de deberes quien, como tú, ha desertado de su casa y cuya vida de renegado es la pesadilla de nuestro padre?...

Roberto. (*Con energía.*) Yo procuro cumplir mis deberes según mis fuerzas, fuera de aquí, porque aquí no puedo hacer nada. Pero tú es aquí donde tienes que cumplir los tuyos; ¿y qué haces?

Genoveva. Hago lo que puedo; soy buena para todo el mundo; doy cuanto tengo á todos y todos también me odian.

Roberto. Porque no sólo debe darse dinero, sino también conciencia... esperanza... amor.

Genoveva. Por fin dirás que soy mala.

Roberto. No, tú no eres mala; pero no sabes querer, no tienes amor. Nuestra madre era muy buena... sabía amar, y con su muerte murió en esta casa cuanto en ella había intensamente bueno. (*Roberto le coge las manos y la atrae hacia sí.*) ¡Ah! ¡Si yo pudiese poner en tu cerebro los pensamientos y entusiasmos que hay en el mío!

Genoveva. Yo me fastidio en esta tierra y todas esas gentes deben ser malas, porque á mí me dan miedo.

Roberto. Porque vives muy lejos de ellas. No hay malos corazones, sino distancia entre unos y otros; no es posible entenderse. En esto está la desgracia. (*Voces en la escalera.*) ¡Tus amigos! Enjuga tus ojos; sonríe. (*La abraza.*) No estés triste.

Genoveva. ¡Cómo quieres que no esté triste hablándome tú! ¡Nunca he podido comprender lo que me dices!

Roberto. Porque tu alma no siente como la mía. No estamos los dos en el mismo lado del dolor.

Genoveva. (*Como queriendo comprender.*) ¡Del mismo lado del dolor!... (*Entran Capron, Duhormel, de la Troude.*)

ESCENA V

LOS MISMOS, CAPRON, DUHORMEL, DE LA TROUDE

Duhormel. ¡Y nosotros que creíamos sorprenderos trabajandol...

Capron. En plena inspiración.

Genoveva. No me sentía dispuesta, y he despedido hasta mañana á la modelo. (*Roberto se ha ido cerca de la gran abertura y parece distraído mirando el paisaje.*)

De la Troude. (*Examinando los cuadros prendidos en las paredes.*) Siempre revolucionaria, querida Genoveva; hasta impresionista, me atrevo á decir! Blanco, rosa, azul... ¿Qué es esto? (*Señalando un cuadro.*) ¿Un molino?

Genoveva. ¡Oh, señor la Troude!... No ve usted que es una anciana recogiendo leña en el bosque.

De la Troude. ¿Cómo? (*Se pone los anteojos.*) ¡Es verdad! A primera vista había confundido á la vieja con un molino. Debo decir que con la nueva escuela me confundo casi siempre. El mar, viejas haraposas que recogen leña, molinos, jardines, rebaños de ovejas, cielo de tempestad... viene á ser una misma cosa... Dispense usted mi franqueza, querida niña, porque ya sabe usted que en pintura, como en política, soy un viejo rancio y mis entusiasmos están por la tradición. Sin embargo, vuestros trabajos me gustan; están llenos de luz, revelan mucho talento. (*Examinando otros trabajos.*) Son muy curiosos.

Capron. No haga usted caso, porque goza cuando la molesta un poquito; sus bromas son así. Además, el señor de la Troude, es lo que los pintores llaman un filisteo.

De la Troude. Y de ello me alabo.

Capron. ¡Se alaba!

Genoveva. (*A Duhormel.*) ¿Toma usted un vaso de cerveza, señor Duhormel?

Duhormel. Con mucho gusto, señorita. (*Genoveva llena el vaso.*) Gracias.

Genoveva. ¿Por qué mi padre no ha venido con ustedes?

Duhormel. Hargand está conferenciando con Maigret y creo que no tardará mucho en reunirse con nosotros.

Genoveva. ¿Se tienen noticias de la reunión?

Duhormel. Maigret debía tener alguna. Dentro de poco las sabremos.

Genoveva. Yo estoy impaciente; tengo miedo.

Duhormel. La cosa se presenta mal é inoportuna en efecto, y me parece que tendré que suspender la cacería para otra ocasión.

Genoveva. Usted presiente algo malo, ¿verdad?

Duhormel. Algo malo, no. Creo que no habrá necesidad de tomar medidas extraordinarias; pero, por lo pronto, toda la región va á estar soliviantada durante algunos días.

Genoveva. Mi padre ve muy negra la situación.

Duhormel. Hargand es pesimista. Con frecuencia se imagina cosas estupendas... El movimiento es bastante más superficial que hondo.

Capron. (*Se separa de la Troude.*) ¿Por qué ha de haber huelgas aquí, donde son absolutamente desconocidas? He ahí la pregunta que todo el mundo se hace á sí mismo.

Duhormel. ¡Pues es natural!

De la Troude. (*Sentado cerca de Genoveva.*) ¡Natural!

Capron. Admitamos que se declare la huelga. ¿Qué es una huelga? Si desde un principio se ataca con energía y no se cede á nada, ¿qué pueden hacer esos andrajosos con la enorme potencia del industrial y financiero Hargand? Pero ¿tendrá éste suficiente energía?

Genoveva. ¿Lo duda usted?

Capron. No, señorita; me he explicado mal. No dudo de la energía de vuestro padre, que lo tengo por un hombre resuelto y bravo. Ha dado muchas pruebas de su admirable resistencia; sin embargo, yo creo que del movimiento actual él tiene la culpa.

Genoveva. ¿Cómo?

Capron. Sí. Vuestro padre es algo soñador... Cree en el mejoramiento de las clases inferiores (*levanta los brazos al cielo*); en la moralización del obrero. ¡Qué error!

Genoveva. Generoso, sin embargo.

Capron. No, señorita; no hay errores generosos, sino errores sencillamente. Habrá usted visto que ha dejado crecer muchas cosas contra él. Sindicatos, asociaciones de todas clases, que son la muerte del trabajo, de la autoridad patronal y el germen de la revolución. Esto ha nacido y se ha desarrollado dentro de su propia casa. Cuando, por ejemplo, se da una peseta de libertad y de bienestar á un obrero, éste se toma inmediatamente lo menos veinte. Cosa sabida.

OCTAVIO MIRBEAU.

(Traducción de Antonio López.)

PARIS

(Continuación.)

Pero el joven, que estaba silencioso, por temor de enredarse, permaneció recostado en su butaca sin contestar.

Entonces la cólera de Silviana se desbordó.

—Lo que ha hecho es compadecerme de estar á la merced de un hombre como usted, tan egoísta, tan insensible á las injurias con que me agobian. ¿No debería usted ser el primero que saltara de indignación? ¿No hubiera usted debido exigir mi entrada en la Comedia, como una reparación de honor? Porque, en fin, eso es un descalabro para usted, y si me juzgan indigna, el golpe alcanza á usted al mismo tiempo que á

mi... ¡Diga usted, pues, que soy una joven á quien se despiden de las casas que se respetan!

Silviana continuó, llegando á las palabras descompuestas, á las palabras abominables, por demás inconvenientes en sus labios tan puros. En vano el barón, sabiendo muy bien que una simple frase suya produciría un desbordamiento más ruidoso, imploraba con los ojos la intervención del conde; pero éste, cuyo deseo de paz los reconciliaba algunas veces, no se movía y tenía al parecer demasiado sueño para intervenir en el asunto. De repente, Silviana volvió á tutear al barón, dirigiéndole el último golpe para cortar por lo sano.

—¡En fin, amigo mío, arréglate; ó *debuto* en la Comedia, ó se acabó; entiéndelo bien, ni siquiera te daré la punta de mi dedo meñique!

—¡Bueno, bueno!—murmuró Duvillard, tratando de reírse y desesperado—ya arreglaremos eso.

Pero en aquel instante, un criado entró diciendo que el señor Duthil estaba abajo y esperaba al señor barón en la sala de fumar. Duvillard quedó sorprendido, porque Duthil solía subir siempre como á su casa; pero después pensó que el diputado le traía sin duda de la Cámara, noticias graves que deseaba comunicarle al punto, y siguió al criado, dejando solos á Gerardo y Silviana.

En la sala de fumar, que conducía directamente al vestíbulo por una puerta-ventana, cuya cortina estaba levantada en aquel instante, el abate Pedro, de pie, esperaba con su compañero mirando con curiosidad á su alrededor. Lo que le chocaba era el recogimiento casi religioso de aquella entrada, los pesados tapices, las claridades místicas de los cristales, los muebles antiguos, disimulados en una sombra de capilla, y los perfumes de incienso y mirra que embalsamaban la estancia. Muy alegre, Duthil golpeaba con la punta de su bastón en un diván bajo, lecho de amor tanto como de reposo.

—¡Oh! está muy bien á su lado; es una joven que entiende bien los asuntos.

El barón entraba, trastornado aún, con aire inquieto, y sin ver siquiera al sacerdote, quiso saber noticias.

—¿Qué han hecho allí abajo? ¿Son tan graves las noticias?

—Mege ha interpelado con carácter de urgencia, para derribar á Barroux. Ya verá usted su discurso.

—¡Sí, sí! contra la clase media, contra mí, contra usted. ¡Siempre el mismo!... ¿Y después?

—No se ha votado la urgencia; pero Barroux, á pesar de una magnífica defensa, no obtuvo más que una mayoría de dos votos.

—¡Diablo, dos votos! Es hombre en tierra; tendremos ministerio Vignon para la semana próxima.

—Todo el mundo lo decía así en los pasillos.

El barón, con las cejas fruncidas, como si pesara lo que semejante acontecimiento podría traer al mundo de bueno ó malo, hizo un ademán de descontento.

—¡Un ministerio Vignon... pardiez! No sería mucho mejor. Esos jóvenes demócratas quieren echarla de virtuosos; y no sería tampoco un ministerio Vignon el que haría entrar á Silviana en la Comedia.

El barón no había visto por el pronto otra cosa en la catástrofe que hacía temblar al mundo político, y por eso el diputado no pudo menos de manifestar su propia ansiedad.

—¡Y bien!—exclamó—¿Qué haremos nosotros allí dentro?

Esta pregunta bastó para que Duvillard volviese á pensar en la situación; y con un nuevo ademán, orgulloso esta vez, demostró su insolente confianza.

—¡Nosotros nos quedaremos donde estamos, y creo que jamás nos hemos visto en peligro! ¡Ah! yo estoy muy tranquilo, y ya puede Sagnier publicar su famosa lista si esto le divierte. Si no hemos comprado hace largo tiempo á Sagnier, con su lista y todo, es porque tengo á Barroux por hombre muy honrado, y porque á mí no me place arrojar mi dinero por la ventana... Le repito á usted que nada tememos.

Después, como el barón reconociese al fin al abate Froment, Duthil le explicó el favor que éste esperaba de él. Y la emoción que le embarazaba, con el corazón mortificado aún por el rigor de la linda actriz, debió concebir la sorda esperanza de que una buena acción cambiaría su mala suerte, consintió al punto en intervenir para la admisión de Laveuve. Sacó de su libro de memorias una tarjeta de visita y un lápiz, y acercóse á la ventana, diciendo:

—Todo lo que usted quiera, señor abate; me alegraré mucho de contribuir á medias en esa buena obra... ¡Vea usted lo que escribo! «Querida amiga: Haga usted lo que el señor abate Froment pide en favor de ese desgraciado, ya que nuestro amigo Fonségue no espera más que una palabra de usted para obrar.»

En aquel momento el abate vió por la ventana abierta á Gerardo, á quien Silviana acompañaba hasta el vestíbulo, tranquila ya y curiosa sin duda por saber lo que Duthil había dicho al barón. La aparición de aquella joven le llenó de asombro; tan sencilla y dulce le pareció en su candor inmaculado de virgen. Jamás había soñado en el jardín de la inocencia un lirio más puro y delicioso.

—Si quiere usted entregar esta tarjeta en seguida á mi esposa—continuó Duvillard—será preciso que vaya usted á casa de la señora princesa de Harn, donde hay reunión matinal...

—Ya pensaba ir, señor barón.

—Muy bien... encontrará usted allí con seguridad á mi mujer, que debe ir con sus hijos...

Duvillard se interrumpió; acababa de ver á Gerardo y le llamó.

—Oiga usted, Gerardo; mi señora se proponía ir á la reunión de la princesa. ¿Está usted seguro de que el señor abate la encontrará?

El joven, que había resuelto al fin ir á la calle de Matignon para esperar á Eva, contestó muy naturalmente:

—Si el señor abate se despacha, creo que la encontrará, pues debe ir antes de ver á su corsetera.

Y besando la mano de Silviana, se marchó, con su aire de hombre indolente y sin malicia, á quien el mismo placer hastiaba.

Un poco inquieto, el abate debió permitir que Duvillard le presentase á la dueña de la casa. Se inclinó silenciosamente, mientras que ella, muda también, le devolvía su saludo, con una reserva púdica y un tacto tan apropiado á las circunstancias, que ninguna actriz hubiera sido capaz de imitarla, ni aun en la Comedia. Y mientras que el barón acompañaba al sacerdote hasta la puerta, volvió á entrar en el salón con Duthil. Apenas estuvieron detrás del tapiz, el joven rodeó con su brazo la cintura de Silviana, y quiso besarla; pero se defendió, sabiendo que era un loco y poco formal.

Cuando Pedro, convencido ahora del buen éxito, llegó ante el palacio de la princesa de Harn, en la avenida Kleber, siempre en su coche, volvió á sentirse poseído de

una gran confusión. La avenida estaba llena de carruajes, y la puerta del palacio, rodeada de una especie de pabellón, adornado de lambrequines de terciopelo rojo, para recibir á los visitantes, le pareció inabordable, tan compacta era la multitud de los que llegaban. ¿Cómo le sería posible entrar? ¿Y con su sotana, sobre todo, cómo ver á la princesa y solicitar que le permitiera hablar un momento á la baronesa? Siempre fijo en su idea, no había pensado en estas dificultades, y ya se decidía por llegar á la puerta á pie, preguntándose de qué modo se deslizaría desapercibido entre la multitud, cuando una voz alegre le hizo volver la cabeza.

—¡Eh! ¿Es posible que le vuelva á encontrar á usted aquí?

Era el pequeño Massot, que iba á todas partes y asistía á diez espectáculos diarios, sesión parlamentaria, entierro, boda, fiesta ó duelo cualquiera, sobre todo cuando le aquejaba el «mal crónico», la falta de cuartos, según él decía.

—¡Cómo! señor abate ¿Viene usted á casa de nuestra amable princesa para ver bailar á las de Mauritania?

Massot se burlaba, pues referíase á una compañía de seis bailarinas españolas, que entonces hacían correr á todo París al teatro Folies Bergere por la ardiente sensualidad de sus movimientos. El hecho era que aquellas jóvenes reservaban para los salones danzas más libres aún, tan desvergonzadas, que seguramente no las hubieran consentido en un teatro, y el gran mundo se precipitaba en las casas cuyas dueñas eran atrevidas, excéntricas ó extranjeras, como la princesa, que no retrocedía ante ninguna cosa que llamase la atención.

Cuando Pedro hubo explicado á Massot que corría siempre por el mismo asunto, el hombre, muy obsequioso, se ofreció al punto para guiarle. Conocía la casa, y le hizo pasar por una puerta de la fachada posterior, conduciéndole por un pasillo á un ángulo del vestíbulo, á la entrada misma del gran salón. Grandes plantas verdes adornaban este vestíbulo, y allí se podía estar casi oculto.

—No se mueva usted, querido abate—dijo Massot—; voy á ver si puedo encontrar á la princesa, y entonces sabremos si la baronesa Duvillard ha venido ya.

Lo que sorprendía á Pedro era que el palacio estuviese completamente cerrado, incluso las ventanas, las menores aberturas, todo, en fin, para que no penetrase la luz del día; y en las habitaciones, en cambio, brillaban las lámparas eléctricas con una intensidad de luz sobrenatural. El calor era ya muy intenso, y los penetrantes perfumes de flores y de mujeres creaban una atmósfera pesada. Pedro, medio sofocado, creyó un instante que entraba en uno de esos centros lujuriosos que se sueñan, y que el París de los placeres realiza; y empinándose un poco, pudo ver por la puerta abierta del salón los hombros de las mujeres ya sentadas formando varias filas. Sin duda las bailarinas danzaban por primera vez; no las divisaba, pero podía adivinar sus vivos movimientos por la agitación de las cabezas. Después se oyeron carcajadas, una tempestad de aplausos y un gran tumulto.

—Es imposible encontrar á la princesa, y será preciso que aguarde usted un poco—dijo Massot cuando volvió—. He encontrado á Jauzen, y me ha prometido traerla por aquí... ¿No conoce usted á Jauzen?

Massot comenzó á charlar por oficio y por gusto. La princesa era una de sus buenas amigas, y él quien había dado cuenta de su primera recepción el año anterior, cuando inauguró sus reuniones en aquel palacio, desde su instalación en París. La verdad es que la conocía tanto como era posible conocerla. Tal vez fuese rica, pues gastaba enormes sumas; sin duda había sido casada, con un verdadero príncipe, y

probablemente lo era aún, por más que asegurara ser viuda, pues parecía muy cierto que su marido, bello como un arcángel, viajaba con una cantante. Sin embargo, no se podía poner en duda que fuese una loca, porque estaba hartó probado. Muy inteligente, por otra parte, tenía continuos caprichos y bruscos arranques; incapaz de un esfuerzo prolongado, iba de una curiosidad en otra, sin fijarse jamás; y así era como después de haberse dedicado con entusiasmo á la pintura, acababa de apasionarse por la química, y ya comenzaba á preferir la poesía.

—¿Conque no conoce usted á Jauzen?—continuó Massot—. Pues él es quien ha lanzado á la princesa en el estudio de la química, y sobre todo de los explosivos, pues ya comprenderá usted que el único interés de esta ciencia consiste en ser anárquica... Yo creo que la princesa es verdaderamente austriaca, aunque se debe dudar cuando ella afirma una cosa. En cuanto á Jauzen, dice que es ruso, mas yo le tengo por alemán... ¡Oh! es el hombre más discreto que conozco, el mas enigmático, sin domicilio propio, sin nombre tal vez, un personaje terrible, cuyo pasado es desconocido. Personalmente, tengo pruebas que me inducen á creer que tomó parte en el espantoso atentado de Barcelona; pero como quiera que sea, hace ya cerca de un año que le encontré en París, vigilado sin duda por la policía, y nadie me quitará de la cabeza que no ha consentido en ser amante de nuestra loca princesa sino para despistar á los agentes. Aparenta vivir aquí en medio de las fiestas, y ha presentado personas extrañas, anarquistas de todas las nacionalidades y de todos los colores, como por ejemplo, Raphanel, aquel hombrecillo de expresión alegre que se ve allá abajo, y que es francés, pero del cual deben desconfiar sus compañeros; Bergaz, aquel que está á su lado, español según creo, y agente de Bolsa, como él dice; y otros tantos como esos, aventureros y bandidos que han llegado de las cuatro partes del mundo... ¡Ah! las colonias extranjeras, algunos hermosos nombres sin tacha; unas pocas grandes fortunas positivas, y por debajo, ¡qué cieno!

Tal era el salón de Rosamunda, donde había títulos retumbantes, verdaderos millonarios, y entre ellos la más extravagante mezcla de embusteros y de hombres ordinarios de la más baja esfera. Y Pedro reflexionaba sobre aquel internacionalismo, aquel cosmopolitismo, aquella legión de extranjeros que, cada vez más compacta, cae sobre París. Seguramente venían para disfrutar, como en una ciudad de aventuras y de alegría; pero la manchaban más con su contacto. ¿Era necesaria esa descomposición de las grandes ciudades que han gobernado el mundo, ese flujo de todas las pasiones, de todos los deseos, de todas las sociedades, ese mantillo acumulado, traído del mundo entero, donde florece por su belleza é inteligencia la flor de la civilización?

Pero ya llegaba Jauzen: era un mocetón, alto, flaco, de unos treinta años, con los ojos de un gris pálido y de expresión fría, la barba puntiaguda, y el cabello rizado y largo, que hacía parecer más prolongado un rostro lívido, como sombreado por la bruma. Hablaba bastante mal el francés, en voz baja, sin hacer un solo ademán; y dijo que no se podía encontrar á la princesa, pues acababa de buscarla por todas partes. Tal vez, añadió, si alguna persona le ha desagradado, habría ido á encerrarse en su habitación, dejando á sus convidados divertirse libremente á su antojo.

—¡Ya está aquí!—dijo de repente Massot.

Rosamunda, en efecto, se hallaba allí, en el vestíbulo, acechando, como si esperase alguna persona. Pequeña, delgada, mas bien extravagante que hermosa, tenía finas facciones, los ojos de color verde mar, y la boca muy marcada, con labios demasiado

rojos, que dejaban ver una admirable dentadura. Aquel día llevaba un traje azul celeste con lentejuelas de plata, brazaletes y diadema del mismo metal, que sujetaba sus cabellos empolvados, cuyos bucles y mechones escapaban por debajo.

—¡Todo cuanto usted quiera, señor abat!—dijo á Pedro, apenas hubo conocido la causa de su visita. Si no admiten á ese viejo en nuestro Asilo, envíemelo usted y yo le pondré en cualquier parte.

La princesa, muy agitada al parecer, miraba siempre á la puerta; y como el sacerdote la preguntase si había llegado ya la baronesa Duvillard, contestó:

—Aún no ha venido, y esto me sorprende mucho, pues debía estar aquí ya con sus hijos... Jacinto me prometió ayer formalmente venir á la reunión.

Este era su nuevo capricho. Si la pasión por la química dejaba en ella lugar para una nueva afición á la poesía decadente y simbólica, era porque una tarde, hablando sobre ocultismo con Jacinto, había descubierto en él una belleza extraordinaria; la belleza astral del alma de Nerón; y ella decía que las señales, por lo menos, eran ciertas.

—¡Ah! al fin—exclamó—tranquila ya y feliz.

Y se precipitó hacia la puerta cuando Jacinto entraba con su hermana Camila; pero desde el umbral, aquél acababa de reconocer el amigo por quien venía, el joven lord Elliott, tipo lánguido y pálido, con el cabello largo; y apenas se dignó fijarse en la cariñosa acogida de Rosamunda, pues pensaba que la mujer era un animal impuro y vil, mancha para la inteligencia lo mismo que para el cuerpo; y muy desconsolada por aquella frialdad, la princesa siguió á los dos jóvenes, entrando tras ellos en la abrasada atmósfera del salón.

Massot había detenido á Camila, muy obsequioso, para presentarla á Pedro, que desde las primeras palabras se desesperó.

EMILIO ZOLA.

(Continuará.)

Es propiedad de la casa editorial Maucci, de Barcelona)

SECCIÓN GENERAL

PEDRO LAVROFF

El 11 de Febrero de 1900 más de 6.000 socialistas de todos los países conducían al cementerio al veterano del movimiento socialista ruso, al jefe intelectual de varias generaciones de revolucionarios, á Pedro Lavroff.

Pedro Lavroff, que nació en 14 de Junio de 1823, en el gobierno de Pscov, pertenecía á una familia de propietarios acomodados. Su padre, antiguo oficial del ejército ruso, hizo la campaña contra Napoleón; pero herido en Friedland, había tomado su retiro y definitivamente retirado á sus tierras. Al punto de vista de las ideas, era el ex oficial un fiel súbdito del czar. El mismo emperador Alejandro I, cuando

volvió de Crimea, descansó algún tiempo en la propiedad de los Lavroff. La madre de Pedro Lavroff pertenecía á una familia sueca, entonces rusificada. La familia contaba con varios hijos, de los cuales Pedro era el penúltimo. Mucho más joven que sus hermanos y hermanas, creció en otra atmósfera que la de los niños de su edad, manifestando desde su niñez vivas disposiciones para todas las ocupaciones intelectuales. Su principal distracción consistía en mirar las pinturas, los grabados y los libros ilustrados que se encontraban en la biblioteca paternal.

Pedro Lavroff aprende muy pronto á leer, y casi al mismo tiempo el ruso y el francés. A los cinco ó seis años sabía ya leer un poema en prosa de Florian, y á los ocho aprende el alemán bajo la dirección de su madre. Desde entonces la lectura fué una de las ocupaciones favoritas del niño: á los diez años leía ya en las horas de asueto obras francesas á sus parientes.

En 1837 Pedro Lavroff entra en el colegio de Artillería, donde pronto se forma á su alrededor una pléyade de jóvenes muy laboriosos y de espíritu cultivado. Discutían entre ellos distintas cuestiones, y á veces ensayaban á desarrollar literariamente sus ideas.

Pedro Lavroff hacía también versos, y una de sus primeras poesías fué publicada en una Revista en 1840 ó 1841. Es en la misma época, es decir, durante su estancia en el colegio, cuando empieza á tomar interés en las cuestiones políticas y sociales y tiene conocimiento de las obras de los principales socialistas.

A su salida del colegio en 1842, Lavroff recibe el grado de oficial, y dos años después, aunque sólo contaba veintiún años, fué nombrado profesor de matemáticas del colegio de Artillería (más tarde Academia de Artillería).

Lavroff empieza á escribir para el público á los treinta años: antes de esta época sólo había hecho versos (que denotan ya tendencias sociales avanzadas) ó artículos científicos. Después de la muerte de Nicolás I, cuyo reinado había pesado sobre la Rusia cual losa de plomo, la vida parece reanimarse en la sociedad rusa; el interés por las cuestiones políticas y sociales se acrecienta, el número de las publicaciones periódicas aumenta, al mismo tiempo que los escritores que quieren propagar las nuevas ideas. Lavroff encuentra en estas condiciones un terreno favorable al desenvolvimiento de sus teorías, que tocan sobre todo á diferentes cuestiones filosóficas, tales como el materialismo, la significación de la filosofía, etc. (1). Al mismo tiempo dirigía la parte filosófica del *Diccionario enciclopédico ruso* que empezó á publicarse en 1861.

Lavroff reúne sus concepciones filosóficas bajo el nombre general de *Antropologismo*. Empieza por decir que es indispensable renunciar definitivamente á buscar la substancia de las cosas y tomar su parte del hecho de la relatividad de todos nuestros conocimientos. El trabajo del pensamiento filosófico debe consistir, dice, en reunir, unificar, sistematizar nuestras concepciones de los fenómenos sin pretender conquistar la verdad absoluta. En cuanto á los fenómenos, añade, están todos sometidos á las leyes del determinismo, sin exceptuar nuestros fenómenos psíquicos. Pero, considerándose este punto como definitivamente adquirido por el pensamiento filosófico

(1) Pueden citarse entre sus artículos, que datan de aquella época: «¿Qué es la antropología?», «Tres conferencias sobre la significación actual de la filosofía», «La Teoría mecánica del mundo», «Ensayo sobre la teoría de la personalidad», «El estado actual de la psicología», y muchas otras.

y científico, Lavroff concilia menos este determinismo con la idea que domina toda su filosofía histórica que la de la alta importancia del individuo. Para él, la contradicción es aquí sólo aparente. Las mismas leyes inmutables que rigen el universo han presidido á la evolución necesaria de la vida en sus fenómenos físicos y psíquicos. Poco á poco con esta evolución, la conciencia nace en los organismos y se desarrolla; entonces, al lado del mundo exterior, puramente objetivo, ha se creado un mundo subjetivo. Este mundo de sensaciones, de representaciones, de ideas, está sometido siempre al determinismo. Sus fenómenos tienen por principal característica el objeto que el individuo se propone de los *fin*es y discute los *medios* de atenderlos y que ejecuta sin tener conciencia de la dependencia en que se encuentra frente á frente de las leyes que rigen toda su actividad. *Para él*, es libre. Ciertamente que es esto una ilusión, dice Lavroff, pero una ilusión tan necesaria, tan inevitable, como cualquier otro fenómeno natural.

Nadie tiene, pues, el derecho de arrojar sobre el determinismo y sobre las leyes inmutables la responsabilidad que le incumbe por sus actos, y es absolutamente natural é indispensable que se desenvuelvan en la conciencia de los hombres ciertas ideas acerca de su conducta, haciendo abstracción de este determinismo. Como base de la moral, Lavroff propone la elaboración de una *convicción individual* fundada sobre la crítica y la necesidad de realizar esta convicción. El deber del hombre, es *vivir conforme su convicción* y emplear sus fuerzas en lo que él considere como la realización de la justicia. Hasta el presente solamente una minoría han alcanzado este medio: la mayor parte se guían en sus intereses personales y en la moral utilitaria. Con este motivo Lavroff establece las divisiones siguientes: en primer lugar, el período prehistórico, que fué el reinado de la rutina; luego el reinado de los intereses bajo el cual vivimos actualmente, á lo menos en lo que concierne á la mayoría; y para el porvenir, el reinado de las convicciones morales (que sólo podrá realizarse en una sociedad donde la lucha de los intereses haya desaparecido).

Aun ocupándose de las cuestiones filosóficas y elaborando sus concepciones teóricas, Lavroff no deja por esto de tomar parte activa en la vida política de su país y de su época. Sus ideas evolucionan rápidamente. En 1862 se adhiere á la sociedad Tierra y Libertad; en la misma época hace conocimiento con Tchernychevsky, cuyo arresto (y la disolución que á él siguió de Tierra y Libertad), le hicieron precisar más aún sus ideas. Todo hizo prever, desde entonces, que el gobierno no le dejaría ejercer largo tiempo la influencia de su poderosa inteligencia y de sus vastos conocimientos, y, en efecto, durante el pánico gubernamental y los arrestos en masa provocados por el atentado de Karakozoff (en 1866), Lavroff fué preso, juzgado por el tribunal militar, y sin haber ninguna prueba directa contra él, deportado al gobierno de Vologda, primero en Totma, luego en Kadnikoff.

Allí, á pesar de incalculables dificultades, Lavroff no cesó de trabajar. Entre los numerosos artículos que publica en su destierro, pueden citarse las *Cartas históricas*, publicadas primero por artículos en un periódico y luego en un tomo que tuvieron y tienen todavía gran influencia sobre la juventud rusa.

Estas Cartas resumen en un tomito, con sus divisiones esenciales, casi todas las ideas que Lavroff debía desarrollar más tarde en sus demás trabajos. Lo que, ante todo, penetra esta obra, es la altísima idea que el autor tiene de los deberes y de la importancia del individuo en la historia. Hemos visto ya cómo Lavroff concilia esta idea con la del determinismo, y cómo la existencia de leyes independientes de nues-

tra voluntad no disminuye en nada para él esta importancia. Todas las fluctuaciones sociales, toda la marcha acelerada de la historia humana, dice Lavroff, han tenido por instrumento el individuo. Siempre ha existido en el seno de la sociedad una minoría de individuos más desarrollados intelectualmente que los otros, comprendiendo mejor las exigencias y condiciones de su tiempo, y ante todo más penetrados de la necesidad que tenían de poner en práctica sus ideas. Estos, que Lavroff llama los «intelectuales» de una sociedad, los opone á otras dos categorías de individuos que son incapaces de vivir de una vida histórica consciente: los que él designa con el nombre de «desheredados de la historia» (aquellos cuyas condiciones materiales de existencia son un obstáculo á su desenvolvimiento); y los «salvajes de la civilización» que, gozando de un completo bienestar material, no pasan del nivel inferior en la parte intelectual.

Además, los mejores, los más desarrollados, esta minoría, en fin, gracias á la cual se mueve la historia, para Lavroff no es de ningún modo sinónima de hombres instruidos. La categoría de hombres que él llamaba «intelectuales», no era la que á veces se había opuesto completamente á la masa del pueblo. Por otra parte, él tiene expresado su pensamiento, á propósito de los sucesos desarrollados en Francia, en un discurso pronunciado en 1898.

«Ni los profesores, dice, ni los académicos, tienen el derecho como tales de creerse en el número de los intelectuales. Llamo «intelectuales» á aquellos que concurren al desenvolvimiento de la solidaridad humana, cualquiera que sea la extensión de sus conocimientos y el medio en que se encuentren. Un obrero que tienda á desarrollarse, á comprender mejor, á servir su ideal social, tiene mucho más derecho al título de intelectual que un profesor, autor de infinidad de obras, que permanezca extraño á todas las cuestiones de su tiempo.»

Es únicamente un intelectual, aquel que procura poner siempre sus actos en conformidad con sus ideas. Lo que le caracteriza es la presencia en él del «pensamiento crítico», arma principal que sirve en la historia para transformar las sociedades. Distingue á los procesos históricos la acción incesante de este pensamiento crítico de una minoría de intelectuales sobre el medio que los envuelve, sobre la vida de los elementos no críticos de la sociedad, sobre las formas inconscientes de la vida social; en una palabra, sobre lo que Lavroff llama la «civilización rutinaria».

Poco á poco esta minoría de intelectuales se hace más y más fuerte, sus ideas se extienden, penetran en los espíritus é introducen distintas mudanzas en la sociedad, mudanzas que se realizan á veces de una manera pacífica, otras violentamente, siempre ayudando á las revoluciones. Y lo que era peculiar de un pequeño grupo, acaba por ser patrimonio de la mayoría ó de todo el mundo. Entonces aparece un nuevo grupo de hombres más avanzados; al principio no son comprendidos, pero cada día reclutan más adeptos y provocan nuevas mudanzas sociales. Jamás debe pensar el hombre que es débil, inútil, que está aislado, y que, por consecuencia, puede permanecer tranquilamente cruzado de brazos, con el pretexto de falta de fuerzas, y rehusar tomar parte en la lucha que se da en torno suyo.

«Si el que hable de progreso, dice Lavroff, no quiere reflexionar en las condiciones de su realización, quiere decir que nunca ha deseado este progreso, que ni siquiera ha sido capaz de desearlo. Si un individuo que sabe lo que es preciso para que el progreso se realice, aguarda este cumplimiento con los brazos cruzados, sin hacer por su parte ningún esfuerzo, éste es el peor enemigo del progreso, el mayor obstáculo á su realización. A todos los que se quejan de su época, de la nulidad de los hombres,

de la reacción, podremos preguntarles: y vosotros que veis claro en medio de la ceguera general, vosotros que sois los buenos entre los defectuosos, ¿qué habéis hecho para contribuir al progreso?»

«No habléis de la insuficiencia de vuestro talento y de vuestros conocimientos; para ella no se necesita un talento excepcional, ni una instrucción científica extraordinaria. Si vuestros talentos y vuestros conocimientos han sido suficientes para permitir os criticar lo que existe, serán igualmente suficientes para que os esforcéis en realizar vuestras ideas en la vida. Es necesario únicamente no dejar pasar las ocasiones de obrar. No importa que vuestra acción sea pequeña: todas las substancias están formadas de partículas ínfimamente pequeñas; las más grandes fuerzas se componen también de impulsiones infinitamente ínfimas (1).»

Si nos hemos detenido en estos párrafos, es porque esta crítica constante de los indiferentes es uno de los puntos esenciales de la propaganda de Lavroff. Nada para él justifica la indiferencia en las cuestiones de la vida social; el sabio más benemérito, el artista mejor dotado, sólo será un egoísta si no emplea sus conocimientos y sus talentos al servicio de la causa del progreso; es decir, si sus obras no sirven para ensanchar las ideas de sus contemporáneos, para persuadirles á apreciar las cuestiones de un modo más justo y más equitativo. La indiferencia es el gran enemigo que Lavroff combate toda su vida; no la perdona; el que no trabaja *para* el progreso, dice, trabaja contra él.

Otro motivo poderoso que debe persuadir á los individuos á obrar en el sentido del progreso, está sacado de la historia pasada. Aquí es preciso, sin embargo, decir lo que Lavroff entiende por progreso. La sociedad, dice, tiene un doble fin: «debe desarrollar los individuos desde el punto de vista físico, intelectual y moral; debe luego realizar la mayor suma posible de verdad, justicia y solidaridad. Para que una sociedad responda á estas exigencias, muchas condiciones son necesarias, y éstas están lejos de ser cumplidas en la sociedad actual, basada en la explotación de una clase por otra, de una gran mayoría por una ínfima minoría privilegiada. El progreso consiste precisamente en ayudar á realizar estas condiciones, en contribuir á que la sociedad esté más próxima de este ideal. Pero para que se forme una pequeña minoría de hombres capaces de vivir una vida intelectual, de criticar el estado de cosas existente y tender hacia un régimen mejor, ha sido indispensable que en el curso de toda la historia, masas enormes hayan sido sacrificadas; á este precio es al que la pequeña minoría ha podido desarrollarse, y que pudo realizarse en la sociedad el poco progreso que nosotros comprobamos. Las personas inteligentes, instruídas, de espíritu innovador, son deudoras de todo esto á esas masas que procuraron á sus antepasados, á los escritores y sabios de otros tiempos, y procuran para sí mismos la posibilidad de instruirse. Su primer deber es, pues, pagar esto, que será una ínfima parte de la deuda contraída con las masas populares; y el solo medio para cada uno cumplir esta obligación, es buscar realizar las mejores condiciones sociales que pueda concebir para su época. Para la nuestra, el objeto debe consistir en reemplazar el estado de concurrencia y explotación generales por una sociedad donde reine la solidaridad y una cooperación libre, acercándose así, en la medida de lo posible, al fin que debe proponerse toda sociedad: desarrollar los individuos y aumentar su solidaridad. Es, pues, un deber de los hombres más instruídos, más avanzados de nuestro tiempo, de unirse al movi-

(1) *Cartas históricas. Carta V: Acción de los individuos.*

miento que realiza esta tendencia; esto es, al movimiento socialista. Lavroff da así al socialismo una base, no solamente científica ó material, sino también moral. No dice que el socialismo sea únicamente un producto del movimiento histórico ó una tendencia al mejoramiento de las condiciones materiales de la clase obrera. Para él el socialismo es más que esto; es la satisfacción de una necesidad moral, la realización de la justicia. Ser socialista es un deber moral de todo hombre que comprenda verdaderamente el progreso y quiera servirlo.

De ahí las grandes exigencias y los altos deberes que incumben á un socialista. En un folleto titulado *La propaganda socialista, su acción y sus formas*. Lavroff se extiende sobre esta cuestión y nos muestra qué importancia da al ejemplo personal de un propagandista su propia moral. Lo considera como un hombre que se ha encargado de cumplir una alta misión y que siempre debe permanecer digno.

«Es un error, dice en una de sus conferencias, que muchos piensen que los principios socialistas para realizarse sólo exijan convicciones intelectuales y una participación individual más ó menos activa en la lucha colectiva del trabajo contra el capital. Yo me permito creer que exigen mejor una vida personal más en armonía con el socialismo, capaz de servir como ejemplo con los camaradas y los nuevos adeptos. ¿Y hay muchos entre vosotros que hubieran, no solamente llenado este deber, sino que habrían puesto el cumplimiento como un fin?»

A los deberes del individuo adepto de una doctrina, se juntan los que le incumben en su cualidad de militante, que pertenece á una cierta organización. En las *Cartas históricas*, hay dos capítulos donde Lavroff habla de la formación y del acrecentamiento de los partidos y de los deberes de cada uno de sus miembros. En primer lugar, no se debe permanecer aislado con sus ideas, sino buscar aumentar sus fuerzas por la agrupación. Es la sola garantía del éxito, con la condición de que esta agrupación no degenera en una unión de pura forma. Es menester saber sacrificar á la necesidad de la agrupación algunas pequeñas divergencias de opinión; pero lo que no es menester hacer nunca, es consentir en concesiones de principios. Un punto esencial atrae la atención de Lavroff, y es: la estrecha solidaridad que debe unir á todos los miembros de un mismo partido. Cada uno, dice, debe ser como el abogado de su partido y de sus camaradas; debe defenderlo contra los adversarios y evitar todo lo que da de él una mala idea, todo lo que pueda comprometerle. Debe tener siempre á la vista el hecho de que cada error, cada defecto, son acechados por los adversarios, y al instante se convierten en sus manos en armas poderosas. No es menester comprometer á los compañeros ante los adversarios haciendo ostentación de sus defectos, aunque reales; este no es un medio de educarlos, sino un medio de debilitar el partido. Los deberes de un miembro de partido, de un militante, de un propagandista, exigen de él una severa crítica de sí mismo y una gran energía moral. Toda su vida Lavroff no cesó de afirmar esto, y estaba en su derecho al pretender de los otros una línea tal de conducta, habiendo sido el tipo de un propagandista irreprochable en su vida privada, hasta en los últimos momentos, pronto á obrar enérgicamente, dando el ejemplo de la más estrecha solidaridad al desdeñar los pequeños bandos, para no ver más que los grandes principios...

Es fácil comprender el por qué las *Cartas históricas* llegaron á ser, al momento de publicarse, el verdadero evangelio de la juventud rusa, á la cual Lavroff venía á decirle que no es suficiente ser instruido, materialista, librepensador, etc.; creerse estar á la altura de la ciencia moderna; limitarse á esto, es vivir en el egoísmo, y el deber

de todos es tomar parte en la vida social de su época, venir á ocupar un sitio en las filas de los militantes del progreso; que los que habían rehusado adquirir algunos conocimientos científicos tenían una gran deuda que pagar á la masa del pueblo. Para darse cuenta de la influencia que estas ideas han ejercido en Rusia, basta recordar el movimiento tan vasto que fué la característica de los años siguientes y que condujo á los propagandistas socialistas «entre el pueblo» de los obreros y de los campesinos.

Lavroff no permanece mucho en su destierro; á principios del año 1870 se evade de Kadnikoff y llega á París poco tiempo después de la muerte de Herzen.

En París, entra por un lado en las esferas científicas, siendo elegido miembro de la Sociedad de Antropología é invitado por Broca á tomar parte en la redacción de la *Revue d'Anthropologie*, y por otro, en el mundo socialista, introducido por Varlin en la Internacional.

Entre estos dos dominios se reparte en adelante la actividad de Lavroff: de una parte, la elaboración de sus doctrinas científicas; de otra, la participación activa en el movimiento revolucionario, pero en particular en el movimiento revolucionario ruso, en todas las fases que éste ha atravesado. Estos dos géneros de actividad no eran solamente paralelos, sino que había entre ellos una estrecha unión. El trabajo del pensamiento científico, la vasta erudición, las generalizaciones filosóficas, todo servía á Lavroff para mejor fundar las ideas socialistas y revolucionarias en los resultados de la ciencia moderna. La teoría y la práctica no fueron nunca para él dos mundos distintos; sus opiniones sobre las cuestiones prácticas, lo mismo que en las cuestiones de detalle, se unen siempre estrechamente en sus concepciones teóricas, teniendo con este hecho una firmeza y una fuerza de convicción irresistibles.

En lo que concierne á sus trabajos científicos, Lavroff se ocupa ante todo de las cuestiones de filosofía histórica y de sociología. Publica bajo diferentes pseudónimos un gran número de artículos sobre estos asuntos en varias Revistas rusas, y á partir de 1888, empieza la publicación de una gran obra que debía reunir totalmente sus trabajos, y que tiene por título *Ensayo sobre la historia del pensamiento*.

He aquí el plan general que el autor se propuso seguir:

Tomo I.—*Introducción*: Los problemas de la historia del pensamiento. *Libro primero*: Ante la historia.

Tomo II.—*Libro segundo*: Preparación al curso de la historia del pensamiento en los tiempos modernos.

Tomo III y IV.—*Libro tercero*: Dualismo del Estado y la ciencia.

Tomo V.—*Libro cuarto*: Sociología y socialismo.

Conclusión: Los problemas del porvenir.

Este libro se publicaba por cuadernos, de los cuales aparecieron diez, que forman dos gruesos volúmenes. La publicación no prosiguió así, porque Lavroff modificó su plan y decidió publicar su obra en volúmenes independientes. En parte pudo realizar sus proyectos, y daba la mano al último capítulo de su nuevo volumen cuando la muerte le sorprendió. Durante su corta y última enfermedad no cesa de pensar en esta interrumpida labor, entristécese de no poderla terminar y pide á los de la familia la ayuda para levantarse y sentarse á su mesa de trabajo... Esta última obra debía permanecer inacabable.

M. G.

(Concluirá en el próximo número.)

MADRID.—Imprenta de Antonio Marzo, Pozas, 12.